

Corín Tellado

Sólo lo compadecí



de

Merle ha contraído matrimonio con Rex hace apenas dos meses, pero las cosas no marchan como esperaba. Tal como le confiesa a su amiga Irma a la vuelta de la luna de miel, Merle se ha dado cuenta de que comparte muy poco con su nuevo marido. Solo la atracción física, si acaso. De manera que más que su esposa, ella viene a ser como una amante para él. Y eso la inquieta y la defrauda. Por si fuera poco, un antiguo novio sin escrúpulos reaparece ahora en su vida y la amenaza con airear unas cartas muy comprometedoras a menos que le entregue cinco mil dólares.



Corín Tellado

Solo lo compadecí

Corín Tellado: Cartas robadas 1

ePub r1.0

Titivillus 18.02.2020

Título original: *Solo lo compadeci*
Corín Tellado, 1967

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice de contenido

Cubierta

Solo lo compadecí

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Sobre la autora

*«El corazón humano es una gran necrópolis.
Descubramos nuestros recuerdos: ¡Cuántas
tumbas!»*

E. y J. GONCOURT

CAPÍTULO PRIMERO

Merle levantó el cuello del abrigo y se lanzó a la calle.

Como un autómatas atravesó esta, y se encaminó a la parada del bus.

El domicilio de la abuela de Irma no quedaba muy lejos, pero sí lo suficiente para emplear en el recorrido a pie, más de media hora. Se quedó en la plataforma del bus y contempló la calle con expresión ausente.

Era una muchacha bella, pero sobre todo muy personal, con una gracia femenina indiscutible. Peinaba el cabello a lo «ye-ye». Flequillo con grandes patillas, enseñando las orejas, muy corto por detrás, y con un encanto tan femenino como era toda ella.

Pensó en Larry Blu. Sonrió con tristeza.

Era su primer fracaso. Dolía. Mucho. Quizá doliera el resto de su vida, o quizá se ahuyentara aquel dolor, dos meses después.

No quisiera encontrarse con él. Irma hablaba mucho de su ciudad natal. Decía que era estupenda y ella tenía una pandilla de amigos, y además... Además, quería dejar todo aquello.

El bus se detuvo y Merle descendió, cruzando la calle sin volver la cabeza. Unos chicos que pasaron por su lado se la quedaron mirando, e incluso dieron la vuelta y dijeron algo.

Merle siguió su camino presurosa, como si aquellos piropos le produjeran náuseas.

Subió corriendo hacia el ascensor y se perdió en él. Minutos después, pulsaba el timbre de la casa de la abuela de su amiga.

Le abrió ella misma.

—Cuánto te retrasas —gruñó Irma—. Hace casi una hora que te espero, y creo que si no llamo a tu casa, tengo espera para rato aún. —La asió del brazo—. Ven. Vamos a tomar el té. Está frío, ¿no? Estoy haciendo las maletas. Marcho mañana.

Merle pasó. Colgó el abrigo en el perchero y con el bolso colgado del brazo se dirigió a la alcoba de su amiga, seguida de esta.

—¿No has convencido a tu madre?

Merle se derrumbó en una butaca y contempló abstraída el cuadro que formaba todo el equipaje de Irma, esparcido por el suelo, la cama y las sillas.

—Parece que te vas al Congo.

—No me gusta viajar sin ropa. ¿Fumas? —le alargó un cigarrillo. Merle lo encendió. Fumó presurosa—. Llevo aquí más de un mes, y te aseguro que si bien no lo pasé mal, estoy deseando volver a mi gran ciudad. ¿Qué te pasa? —preguntó sin transición—. ¿Has vuelto a verle?

—No.

—¿Ni te llamó?

—Nada.

—¿Te ha devuelto las cartas?

Merle aspiró hondísimo. Se diría que el recuerdo de aquellas cartas producía en ella honda inquietud.

Denegó con la cabeza dos veces.

—Eso es canallesco. Deberías exigirselas.

—Me citó en la cabaña, con la promesa de que me las daría. Fui...

—Merle —se escandalizó Irma, alarmadísima—. ¿Has ido? Estás loca. No conozco personalmente a Larry, pero por todo lo que me cuentas de él, es un sinvergüenza. Y tú una tonta sentimental. A los diecisiete años, escribir cartas a un muchacho es peligroso. ¿No lo sabías? Una escribe todo lo que siente y se sienten demasiadas cosas a esa edad. Parece que una hace montañas, y no se es capaz de juntar un puñado de tierra. Pero en las cartas se manifiestan cosas intensísimas, y si bien una las siente, no las hace, porque le queda el pudor intacto.

—Irma, estoy preocupada...

—Sí —sonrió esta—. Ya sé que estás muy preocupada. Sigue con tu relato. Fuiste a la cabaña. ¿Cuántas veces te citó en la cabaña, Merle?

—Diez.

—¡Dios! ¿Y qué?

—¿Cómo, y qué?

—¿Qué pasó?

Merle abrió mucho sus ojazos inocentes.

—Nada. ¿Qué iba a pasar? Mi amor por él era puro.

—Pero no el suyo por ti.

—No lo descubrí hasta hace apenas tres meses.

—Mira, Merle, yo te quiero tanto, que me conformo con lo que tú me contabas de él. Larry no tiene dinero, lo sabes ahora. Al menos carece de capital. Toda su presunción, sus autos deportivos, sus ropas de primera calidad y todo cuanto gasta, lo adquirió en el juego. Es un jugador profesional muy habilidoso. Nunca debiste escribirle cartas. ¿Sabes qué clase de cartas le has escrito?

—Creo que no. Fueron cartas muy apasionadas. Él se iba a Nueva York con frecuencia, y yo... le escribía al hotel donde se hospedaba.

—Le hablabas de la cabaña.

—Irma.

—¿Sí o no?

Merle bajó la cabeza.

—Sí.

—Y le dirías que echabas de menos aquellos ratos tan deliciosos.

—¡Irma!

—A los dieciséis años se dicen muchas tonterías que parecen cosas importantes, y no significan más que un espejismo. —La miró fijamente—. No me dirás que aún estás enamorada de él.

—No lo puedo negar.

—Merle.

—Lo siento —exclamó esta, con desaliento—. No se puede arrancar de un corazón humano un sentimiento, como si fuera un zarpazo molesto. Le he querido mucho, y le quiero, y no creo que pueda volver a enamorarme jamás.

—Te diré, para tranquilizarte, que yo tengo diecinueve años —mostró los dedos— y me enamoré más veces que dedos tengo en las dos manos. Si somos unas sentimentales, Merle. Si no puede ser de otro modo, para eso somos mujeres.

—¿Qué debo hacer?

—Nada. No vuelvas a la cabaña, aunque te ofrezca las cartas bajo juramento. Este tipo de hombres no tienen palabra, ni honor, ni dignidad. Lo mejor de todo es que convanzas a tu madre y dejes Concord. El tipo ese no te encontrará lejos de aquí.

—Si Boston estuviera lejos... Pero está, como el que dice, a pocas millas.

—Se lo has dicho a tu madre —dijo sin preguntar.

—Sin resultado.

—Insisto. Ahora —añadió, poniéndose en pie—, ayúdame a hacer el equipaje. Después daremos un paseo. No nos encontraremos con el tal Larry, ¿eh?

—Está ausente de la ciudad.

—Trabajemos, pues.

II

Dos semanas después, hallándose Irma en Boston, recibió una carta.

«Querida Irma:

»Tanto he insistido, que al fin he convencido a mamá para trasladarnos a Boston. Mamá es tan buena que solo desea complacerme. Su abogado se encargó de buscarnos alojamiento. Viviremos en una calle céntrica, no muy lejos de tu casa. Estoy contenta, ¿sabes? Mamá, al fin, lo está también.

»Seguí insistiendo durante algún tiempo con respecto al supuesto amor en mi vida, pero yo me negué en redondo a ser sincera. Sé que de serlo, la hubiera lastimado. Y no puedo soportar la idea de que mamá piense que soy distinta a como ella me formó. Tan pronto sepa el día de nuestro traslado, te pondré una conferencia. Me gustaría que estuvieras en la estación esperándome. Muchos besos,

»*MERLE*».

Una semana después, Irma se hallaba en la estación esperando el tren del mediodía.

En el departamento del vagón de primera Cristina Dee contemplaba fijamente a su hija, que parecía abstraída mirando el paisaje.

—Merle...

—¡Oh, perdona, mamá! Iba distraída.

—¿Qué te ocurre?

—Nada.

—Yo no diría lo mismo. Antes eras una chica alegre. Ahora siempre pareces pesimista y lejana.

—Te aseguro...

—Está bien. Dejemos eso. ¿Qué vas a hacer en Boston? ¿Seguirás estudiando?

—¿Por qué no puedo trabajar, mamá?

—¿Trabajar? ¿A los diecisiete años? Tiempo tienes para eso. Confieso que tu educación no está completa. Prefiero que continúes estudiando. Puedes matricularte en una escuela de idiomas, o si prefieres una carrera...

—Prefiero los idiomas —dijo Merle, que no tenía ningún deseo de volver a la Universidad.

—De acuerdo. No me explico aún —insistió la madre al rato— cómo pudiste convencerme..., pero aquí estamos, camino de Boston. Supongo que nuestro abogado lo habrá arreglado todo. Los muebles estarán ya en el nuevo hogar.

Merle no contestó. Pensaba en Larry.

No regresó de Nueva York, por tanto se quedaba sin sus cartas, claro que quizá aquello no tuviera mucha importancia.

¿Qué importancia podían tener unas cartas escritas por una adolescente enamorada?

En la estación estaba Irma.

Al detenerse el tren, corrió hacia la portezuela por donde asomaba Merle.

—Merle, Merle —gritó, pero al ver a la dama tan elegante y grave, de continente austero, frenó su ímpetu—. Buenas noches, señora Dee.

—Buenas, Irma. —Y riendo con suavidad—: Os habéis salido con la vuestra.

Irma ya se abrazaba a Merle y le decía al oído:

—No habrás vuelto a verle, ¿eh?

—No.

—¿Y las cartas?

—¿No te digo que no he vuelto a verle?

—¿Tienes los tiques del equipaje, Merle? —preguntó la dama, interrumpiéndolas.

—Aquí están.

La dama los tomó y se los entregó a un hombre que se hallaba junto a ellas.

En la estación no había mucha gente.

Irma y Merle, asidas del brazo, caminaban delante de la dama y del maletero que cargaba el equipaje en un ancho carretillo.

—Debiste reclamar de nuevo tus cartas.

—Me dejó plantada, y solo me citó, como te dije, en la cabaña. Se reía de mí. Es como un monstruo. Pero no me dio las cartas.

—¿Las tenía?

—No lo sé. Dijo que no, pero yo no lo creo.

Irma suspiró.

—Este tipo de hombres suelen ser poco cuidadosos. Quizá sea cierto y las haya perdido. O roto simplemente. Será mejor olvidar eso.

Luego miró a la dama, diciendo:

—Las llevaré en mi auto. Lo tengo aparcado aquí... Maletero —llamó—, meta el equipaje en el porta maletas. Eso es. Creo que cabe bien todo.

—No tienes por qué molestarte, Irma.

—Es un placer para mí, señora.

Minutos después, el auto corría y una media hora más tarde, escasamente, Cristina, Merle e Irma entraban en el coquetón portal del nuevo hogar de las Dee.

—Yina ya lo tiene todo dispuesto —dijo la dama complacida, mirando a la vieja criada—. ¿Mucho trabajo, Yina?

—Me encantó hacerlo, señora. Ahora, si ustedes desean cambiar los muebles de sitio...

La dama miró en torno analítica.

—Creo que está bien así.

Y pensó al mismo tiempo que, en efecto, tendría que cambiarlo todo.

Yina era una gran sirvienta, pero no tenía ni la más mínima noción de decorado.

—Ya les dejo —murmuró Irma—. Mañana vendré por ti, para enseñarte la ciudad. Es una ciudad pequeña, pero a mí me resulta muy acogedora. Buenas noches, señora Dee.

—Gracias por todo, Irma.

III

A Jim Caine le agradaba en extremo aquella hora de la noche, durante la cual se reunía con sus dos hijos en el saloncito, ante la mesa de centro con el servicio de café delante, y el televisor al fondo.

Aquella noche, una vez finalizada la comida, mister Caine notó que su hijo menor se movía demasiado en la butaca.

—¿Te pica algo, Tom? —rió Jim, con su habitual cachaza—. Parece que tienes agujetas en todo el cuerpo.

Tom rezongó algo entre dientes, denotando su desacuerdo ante la ironía. Rex, como siempre, solo movió los labios.

—¿Te has fijado, Rex? —rió el caballero—. Tom, esta noche tiene unos deseos tremendos de irse.

—Eso es precisamente lo que pienso hacer.

—Faldas, seguro —exclamó mister Caine, con la misma guasa—. ¿Cómo se llama, Tom? No me mires así, hombre, ni lances sobre tu hermano esa expresión asesina. Ni él ni yo tenemos la culpa de que las chicas no puedan venir aquí.

—Papá, por favor, parece olvidar que tengo veintisiete años. Ya no soy un niño y te aseguro que pienso casarme pronto.

—¿Quién es ella?

Tom dejó de mirar a su padre y miró a su hermano mayor.

Como siempre, Rex parecía no enterarse de nada, y lo lamentable era que siempre se enteraba de todo.

En aquel instante tenía la pipa entre los dientes, y fumaba sin prisa. Él nunca parecía tenerla.

Era tipo campanudo, de continente grave, asombrosamente personal. En aquel momento se diría que se hallaba a mil leguas de distancia, pero Tom, que lo conocía bien, sabía que estaba allí, en la salita de su casa, riendo para sus adentros y pensando de él que era un ingenuo.

Mister Caine lanzó una breve mirada al reloj.

—Puedes salir si quieres, Tom —dijo al rato, con gravedad—. No creas que voy a impedírtelo. Ya tienes edad para buscar esposa. De modo que no voy a enojarme porque te cases. Estimo que el verdadero estado del hombre es el matrimonio. ¿No opinas tú así, Rex?

—Seguro.

—Pero tú no te casas —saltó Tom, un poco enojado—, y ya tienes treinta y dos años.

Rex no se enfadó.

A decir verdad, nunca se enfadaba. Cuando decía las cosas, daba un poco de miedo. Sobre todo cuando se adivinaba bajo su voz un enojo doblegado. Tom se preguntaba cómo era posible que supiera dominarse así.

—Algún día lo haré —dijo Rex, con calma.

Tenía una voz un poco bronca, de graves matices. Una voz que impresionaba a las chicas y aterrorizaba a los hombres que trabajaban en las fundiciones Caine.

—¿Qué ocurriría si yo lo hiciera, papá?

—Estamos demasiado solos, Tom —dijo aquel, reflexivo—. Rex no parece dispuesto a dejar su celibato. Hace falta una mujer aquí. Nada me agradaría tanto como que uno de vosotros se casara —miró a su hijo mayor con una suave sonrisa—. Pero mucho mejor los dos. Tenemos un terreno al lado. Es un solar magnífico. El día que pueda edificar en él, con vistas a un hogar, para uno de vosotros, me sentiré feliz. —Y tras una pausa, añadió—: ¿Quién es ella, Tom?

—Solo tiene diecinueve años, papá. Es una chica fina y delicada. Su familia fue aristócrata.

Míster Caine se echó a reír con desenfado.

—¿Tiene, eso mucha importancia, Tom? ¿La tiene para ti? Para Rex y para mí, no tiene ninguna. Nosotros nunca fuimos de sangre azul. ¿No se dice así? Somos personas vulgares. Ricos, porque trabajamos mucho. Mi padre tenía una herrería, y yo empecé a vender maquinaria sin poseer un centavo. Hace de esto por lo menos treinta y cinco años. La primera secretaria que tuve fue tu madre. Y os aseguro que en aquella época ya tenía algún dinero ahorrado. Pero no pude hacer esta casa palacio hasta que Rex contaba seis años.

—De todos modos —adujo Tom, nervioso—, es preferible que la mujer que uno de nosotros elija, sea delicada. A la vuelta de unos años, habremos conseguido ser personas respetables.

Míster Caine rompió a reír burlesco.

—¿No lo somos, Tom? —miró a su hijo mayor, que, como siempre, escuchaba en silencio, con la pipa entre los dientes y los párpados un poco entornados—. ¿Qué dices tú, Rex?

Este se alzó de hombros.

—No hay nadie en Boston que nos desconozca —continuó el padre—. Tenemos las mejores fundiciones del país y las casas de maquinaria más fuertes de todo el estado de Massachusetts. Te aseguro, querido Tom, que la aristocracia de la sangre no la necesitamos para nada. Poseemos la aristocracia del dinero, y no es que yo sea vanidoso, es que me parece una estupidez que centres tu amor en la posibilidad de una sangre azul.

—Te estás burlando de mí.

—En modo alguno. Lo que quiero hacerte ver es que lo importante de este mundo es el amor. El cariño que podáis sentir el uno por el otro. Es la base fundamental para formar un hogar agradable, respetable y verdadero.

—Yo amo a Merle.

El caballero miró a su hijo mayor.

—¿Conoces a esa chica?

—No. No hago mucha vida social. A decir verdad, apenas si conozco a mujeres.

—Las que tú conoces —saltó Tom, sin rencor— no son dignas de que uno se case con ellas.

—Tom —protestó el padre.

Rex solo movió los labios.

—Cuando decida casarme, buscaré una mujer como tu novia, pero aún no lo he decidido. —Y poniéndose en pie, consultó el reloj y añadió—: Voy a salir. —Miró a su hermano menor—. Cuando decidas casarte, avisa, Tom. Tengo que encargarme un traje.

* * *

—No me asustes, Peter.

El doctor Peter Lee miró a su amigo con expresión grave.

—Tengo el deber de advertirte, Jim. No se lo he dicho a Tom, y no creo que sea conveniente que se lo digas tú. Hablé con Rex esta mañana. Como sabes, tu hijo mayor, si es que siente algo, se lo muerde. No abrió los labios ni hizo comentario alguno.

—Ya sé cómo es Rex. Lo siente, pero no lo expresa. Fue así desde niño. Cuando falleció su madre, no le cayó ni una lágrima. Creí que no tenía corazón. Yo estaba loco. Tú sabes cómo quise yo a Mirta. Fue la compañera y amante de mi vida. Muerta ella cuando yo apenas tenía cuarenta y seis años, no se me ocurrió volver a casarme. Pues bien, como te decía, Rex no derramó una lágrima ni lanzó gemido alguno. Yo tenía entendido que la adoraba y, sin embargo, aun dentro de mi dolor, me fijé en la impasibilidad de mi hijo mayor. Creí, como te decía, que carecía de sentimientos. Por la noche, cuando ya se habían llevado el cadáver de su madre, sentí como un gemido salvaje. Recorrí la casa buscando aquel gemido, y encontré a Rex detrás de una puerta, con los puños dentro de la boca. Fue una revelación. Te aseguro que jamás me impresioné tanto. Tom estaba dando gritos histéricos en el lecho. Rex oculto tras una puerta, como si fuera un ladrón, ocultando la gran humanidad de su dolor. Pero cuando me acerqué a él, no vi ni una lágrima en sus ojos y sus puños le cayeron a lo largo del cuerpo, y jamás pude saber por qué gemía. Mas me pregunto: ¿Por qué iba a gemir Rex Caine la noche que enterraron a su madre? No te extrañe, pues, que ante la noticia que le diste, no se hubiese conmovido. Se conmovió, él solo lo sabe, y nadie podrá compartir su dolor.

—Ya sé. Me hago cargo. Tiene demasiada personalidad. Dicen en la fundición que le temen.

—Yo mismo le respeto. Es el mejor ingeniero que tengo. Un hombre que, sin pronunciar una palabra de recriminación, tiene a las masas en un puño. Dime, Peter —añadió, sin transición—, ¿por qué vino Tom a verte?

—Tom vino a verme porque, según me dijo, va a casarse. Y como siente ciertas molestias físicas, ha venido a visitarme como médico. Me pidió que nada te dijera, pero yo considero un deber de conciencia, ponerte al tanto de lo que ocurre.

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que tiene? Vas a apuñalarme, Peter.

—Cálmate. No seas tan apasionado. Rex nada me preguntó. Me dejó hablar hasta el final, y luego encendió la pipa, y sin decir palabra, giró sobre sí mismo y se alejó. Aún estoy esperando la despedida.

—Ya. No me hables de Rex. Háblame de Tom. ¿Qué le pasa?

—Tiene una lesión en el corazón.

Jim Caine se puso en pie como impelido por un resorte.

—Como Mirta.

—Exactamente.

—Dios, Peter... ¿No te das cuenta? Me estás destrozando. ¿Acaso has olvidado que mi esposa falleció cuando solo tenía treinta y tres años?

—En cambio, tu hijo menor fallecerá antes.

—¡Peter!

—Lo siento. Créeme, Jim. Sabes la amistad que nos une. ¿Puedo engañarte? ¿Sería moral hacerlo? Tom vino a mí, porque; según parece, desea casarse. Yo no sé si será mejor que lo haga. Lo que sí considero es que la novia, quienquiera que sea, debe saber la verdad.

—Pero si ni siquiera la conozco.

—Procura hacerlo.

—Pero es que si mi hijo se casa, se agotará antes, fallecerá primero.

—Por supuesto. Pero ¿quién te dice a ti que tu hijo prefiera vivir más sin ella, que menos con su amor y la satisfacción de haber tenido una compañera?

El hombre se derrumbó en una butaca y ocultó el rostro en las manos. Un hondo y ronco gemido se escapó de su pecho.

La mano de Peter Lee se posó en su hombro.

—No vale desesperarse, Jim. Si los humanos fuéramos tomando nota de nuestras amarguras, nos daríamos cuenta de que llorando o lamentándonos, nada conseguiríamos. Pero nunca, en esta ocasión, aprendemos con los errores.

—Es mi hijo.

—Por supuesto. Pero nada vas a conseguir con la desesperación. Puedes llevarlo a cuantos especialistas quieras. Con ello no conseguirás más que poner a Tom en antecedentes de lo que le ocurre, y le acortarás la vida. La lesión es tan profunda, tan viva, que nada ni nadie podrá evitar su muerte.

—Hay buenos cirujanos.

—Para eso, no. Recuerda cuando lo de tu esposa, Jim. Creíste en mí, pero aún así, recorriste media América para salvarla, y solo conseguiste fatigarla y acelerar su muerte. Que aquello te sirva de lección para evitar un dolor mortal a tu hijo.

—¿Qué le dijiste que tenía?

—Cosa bronquial, lo primero que se me ocurrió.

Jim se puso en pie.

Tambaleante se agarró al respaldo de una silla.

—¿Qué vas a hacer con respecto a la chica?

—No lo sé aún. Tendré que consultar con Rex.

—Ojalá él te dé una solución, pero lo dudo.

—Consideras a mi hijo mayor un egoísta, y yo te aseguro que es todo lo contrario.

—Tiene su generosidad muy oculta, Jim, y perdona mi franqueza. Yo no soy adivino, solo soy médico.

—Adiós, Peter. Gracias por todo. Me siento... —pasó los dedos por la frente—. Me siento...

—Lo sé. No es preciso que digas nada.

IV

Detuvo el auto en el patio. Un obrero que se hallaba cerca, se apresuró a abrir la portezuela.
—Buenos días, míster Caine.

—Hola, Dick.

Y como un autómeta, caminó hacia delante, un poco tambaleante.

Más lejos, otro hombre se inclinó levemente hacia él.

—Buenos días, señor.

—Tenemos un buen día, señor.

—¿Le estaciono el auto en el aparcamiento, señor?

Todos le querían, le apreciaban y respetaban. Él, como Rex, era amigo de cuantos obreros trabajaban en la fundición. A veces escuchaba atentamente sus problemas y los solucionaba siempre que podía. Rex no parecía escuchar, porque era así, rígido y grave, pero como él era un amigo para aquellos hombres, dentro de su habitual austeridad.

Cruzó el patio y se dirigió a la oficina central, donde esperaba hallar a su hijo mayor.

—Papá —oyó de pronto que gritaban.

Se estremeció. Solo giró la cabeza.

Tom estaba allí. Con su mono blanco y aquel rostro resplandeciente y juvenil, lleno de ilusión.

—No esperaba hallarte aquí —dijo el padre, deteniéndose.

—Pensaba salir de viaje, pero envié a Musset. Sabes que es un viajante bárbaro.

—Ya.

—¿Buscas a alguien, papá?

Asintió con un breve movimiento de cabeza. Tenía miedo de hablar y delatarse, y que Tom pudiera atisbar su dolor. Su bárbaro y tremendo dolor.

—Busco a Rex.

—No sé qué le pasa estos días. Viene por la oficina, firma las cartas, habla un rato con el secretario y al administrativo y luego se larga. Yo creo que está en su pabellón.

¡Ese era el dolor de Rex! ¡Cerrado como un pecado! Oculto como una deshonestidad, cuando era tan humano, tan hondo y tan verdadero... Nadie conocía a Rex como él.

—Iré a verle —dijo al rato—. Hasta luego, Tom.

—Oye, papá. ¿Te importa que lleve hoy a merendar a casa a Merle?

El caballero se quedó suspenso.

—¿Quién es Merle?

—Mi... novia.

—Ah. —Y tras un esfuerzo sobrehumano—: Claro, Tom. Cuando tú quieras.

—Esta tarde, papá.

—De acuerdo. Te esperaré en casa.

Echó a andar hacia el pabellón. Tomó el estrecho sendero y como un beodo caminó en línea recta.

Llamó a la puerta.

Casi inmediatamente, esta se abrió, apareciendo Rex en el umbral.

Era un hombre alto, fuerte, de gran musculatura. Tenía el cabello de un rubio cenizo, y los ojos grises y acerados, de expresión indefinible. Al mirar, a veces, daba la sensación de desnudar a la gente. Otras, como en aquel instante, no tenían expresión definida.

—¿Puedo pasar, Rex?

No contestó.

Le franqueó la entrada.

Jim Caine pasó y su hijo cerró tras él.

El pabellón se componía de una sola estancia, separada entre sí por los mismos muebles. Un dormitorio tras un biombo plegable. Una diminuta cocina como colgada sobre una plataforma de seis metros de largo y ancho. Una sala formada por los muebles y un despacho lleno de libros, separado de las demás estancias por mueble-bar-estantería.

Ambos fueron a sentarse al fondo, en cómodos sillones forrados de rojo cuero, muy anchos.

De súbito, empezó a hablar el caballero.

—No creo que sea preciso entrar en detalles. Los dos sabemos bastante.

Rex afirmó con un breve movimiento de cabeza.

—¿Qué podemos hacer, Rex? Vengo a ti porque no sé qué hacer.

—Nada que pueda inquietar a Tom.

—Se quiere casar.

—Que se case.

—Se morirá antes.

—Habrá muerto satisfecho.

—Pero antes, Rex.

—De cualquier forma que sea, se morirá, y ten presente que preferirá hacerlo habiendo vivido una existencia corta, pero feliz, al lado de la persona amada.

—¿Quién es ella?

Rex se alzó de hombros.

—Puede ser una aprovechada.

—Pudiera ser.

—¿Y no vamos a evitarlo?

—Sería negar a un moribundo sediento un vaso de agua. No me parece humano.

—Suponte que se case y ella tan solo lo haga por cazar a un hombre rico. Eso sería...

—Podemos conocerla.

—Yo... no —rotundo.

Rex quitó la pipa de los dientes. Expelió una acre bocanada y sus facciones irregulares quedaron como difuminadas entre las espesas volutas.

—Haces mal.

—Es que no podemos consentirlo —dijo Rex, secamente.

—¿Entonces...?

—Uno de nosotros irá a verla. La conocerá, la sondeará y después... le dirá la verdad de los hechos.

—Te ruego que vayas tú.

Rex sabía que tendría que ser él. Lo supo desde el principio. Y él, cuando sabía una cosa, no luchaba contra ella, porque era demasiado inteligente para enfrentarse con una evidencia, puesto que, de cualquier forma que fuera, ya conocía el final.

—Será mejor que vayas cuanto antes, porque Tom piensa llevarla a casa a merendar hoy mismo.

Rex se puso en pie.

—Supones que debo ir ahora mismo.

—Por lo menos es lo indicado. Estimo que debes decirle la verdad. Tú sabes hacer las cosas. Además, conoces pronto a la gente. Si ves que merece ser la esposa de Tom, los casaremos en seguida. Y si crees que ella merece el honor de ser víctima...

—Cállate.

—¿No te das cuenta?

Se la daba.

Pero cortó con un breve movimiento de su mano.

La pipa, entre los dedos en aquel instante, despidió un humo azulado, mezclado con chispas.

—Me la doy.

Breve, seco. Se diría que despiadado, pero Jim Caine sabía que no lo era. Que solo podía poner aquella rabia de su voz, el dolor de la verdad.

—Rex, no necesito decirte que seas delicado. Al fin y al cabo, según sabemos los dos, la chica solo tiene diecinueve años.

—Ya.

—¿Qué piensas, Rex?

—Hay mujeres de esa edad que ya no tienen nada que aprender.

—Tom es un chico honrado. No creo que se haya enamorado de una inmoral.

—Hay mujeres —cortó con su brevedad habitual— que no necesitan ser inmorales para ser monstruosas. De todos modos, a mi regreso te diré...

Se marchó sin decir palabra.

Vestía traje azul marino, de chaqueta holgada, abierta por los lados. Pantalón estrecho, un poco caído sobre el zapato. Tenía aspecto deportivo y su contextura atlética imponía un poco. Vestía con soltura, sin rebuscamiento. Su mirada gris tenía como una sombra enigmática. Nadie conocía bien a Rex, excepto su padre. Ni siquiera las mujeres que trataba, y trataba muchas de esas que no comprometen al hombre a nada, podían decir que Rex era así o de la otra manera. Lo tomaban como era porque tenían que tomarlo, porque poseía un magnetismo extraño, hondo, como nacido en lo más profundo de su ser, que irradiaba por toda su persona.

V

Merle asintió con un breve movimiento de cabeza.

Se hallaba sentada en un diván, casi en la esquina, con las piernas encogidas y las manos sujetando las rodillas.

Tenía la vista perdida en un punto inexistente, y la boca plegada en una mueca indefinible.

Ya no era una muchachita de diecisiete años, sino una mujer totalmente formada, bella, de un atractivo subyugador. En aquel momento, vestía un pantalón negro, estrecho, largo hasta el tobillo, y una blusa a cuadros negros, verdes y rojos, holgada, de cuello camisero y abierta por los lados.

Su cabello negro, levemente ondulado, lo peinaba hacia la frente. Muy corto por detrás, formando un flequillo, con las patillas muy pronunciadas, enseñando la oreja. Sus ojos melados, de largas pestañas negras, un poco rasgados, tenían como un celaje en aquel instante.

Irma dejó su sillón y fue a sentarse a su lado.

—Merle...

—No me digas nada.

—¿Estás decidida?

—¿Y por qué no?

—No estás enamorada de él.

—Le quiero.

—Eso no es suficiente. A los diecinueve años, una mujer para casarse ha de amar mucho.

—No soy capaz —dijo, rotunda—. No lo soy.

—No me dirás que aún estás enamorada de...

Merle se estremeció.

—No lo nombres —pidió, con voz indecisa—. Nada del pasado acude a mi mente desde hace mucho tiempo. Esto es distinto, Tom es bueno, me ama mucho y yo Je quiero. Apaciblemente, serenamente. A su lado no me aburro. Siento una gran paz. ¿No es suficiente?

—Rotundamente, no.

Merle estiró las piernas y volvió a encogerlas.

—Estoy sola —susurró—. Después de fallecer mamá, ¿qué puedo hacer? Esta soledad me abruma.

—Porque quieres. En mi casa tienes un hogar.

—Irma, ¿cómo puedes decirme eso? Estás casada. ¿Sabemos si Robert piensa como tú? Además, ¿cómo concibes que yo vaya a destruir la armonía de tu hogar?

—Merle...

—No —rotunda—. No creo que necesite amar apasionadamente para casarme con un hombre bueno. Todos en Boston conocen a Tom Caine. Tú misma le conoces desde que naciste. Sabemos que no pertenecen a una familia aristocrática, pero sí que son gentes honradas, que trabajaron mucho para lograr una posición económica y social envidiable. ¿Por qué hemos de esperar un amor exaltado para formar un hogar?

—Estoy casada y sé lo que es eso.

—Irma, no me angusties.

—Para los efectos, eres una niña inexperta, Merle. Robert y yo hablamos mucho de ti. Eres apasionada, porque se te nota. Impulsiva, vehemente. Emocional hasta el extremo. ¿Por qué has de conformarte con una vida amorosa gris, cuando puedes aspirar a vivir una existencia maravillosamente apasionada?

—Te digo, y no habrá forma de que me hagas comprender lo contrario, que soy feliz junto a Tom. Él tampoco es un ser apasionado. Es pasivo, como yo.

—Pero si tú no lo eres —se exasperó Irma.

—Quizá haya cambiado. Ahora debo serlo, porque pienso que no necesito más que a Tom para ser feliz.

—Entonces, ¿es cierto? ¿Te casas?

—Eso espero. Tom acaba de llamarme por teléfono para decirme que hoy me llevará a su casa a merendar.

Irma emitió una risita sardónica.

—No tengo nada contra Jim Caine. Es un hombre campechano que te agradará, y con el cual intimarás en seguida. Desde la muerte de *mistress* Caine, en esa casa no hubo más mujeres que las doncellas y la cocinera. Por tanto, no te será fácil amoldarte, aunque a Jim Caine le encantará, sin duda, que uno de sus hijos se case. Pero...

Como se detuviera, Merle la interrogó con los ojos.

—¿Has contado con el hijo mayor?

—¿Qué tengo yo que ver con él?

—¿No le conoces?

—Nunca le he visto.

—Claro. No es hombre que haga vida social, pero hace otra. Todas las mujeres frívolas le conocen. Es un tipo extraño, bello como un Apolo, enigmático, viril, y al que hay que sacarle las palabras con pinzas, y aún así, creo que no habla. De esos tipos que sonrían a medias, que te desnudan con la mirada, que parecen pacíficos y humanos, pero que no lo son.

—¿Un sádico?

—No exactamente. Un indiferente cargado de dinero, que vive la existencia sin sentimentalismos. Las chicas casaderas de la ciudad, de buen grado hubieran perdido un dedo con tal de casarse con él. Pero Rex Caine las desconoce siempre. Como si no existieran, y te advierto que tiene ya treinta y tantos años.

Y mirando a su amiga fijamente:

—¿No te habla Tom de él?

—Mucho. Pero Tom lo tiene colocado poco menos que en un pedestal.

—Ya. Es el hermano mayor, y según dicen, vale mucho. Pero eso no basta para tranquilizar a una cuñada.

—Yo no me voy a casar con él.

—Por supuesto —consultó el reloj—. ¡Oh, se me hace tarde! Apuesto a que Robert estará esperándome en casa, de regreso de la oficina —y sin transición; yendo hacia la puerta, añadió—: ¿Estás decidida?

—Totalmente.

* * *

Sonó el timbre.

«Habrà perdido de nuevo la llave —pensó Merle, poniéndose en pie y atravesando el pasillo —. Germa es la mujer más descuidada que hay».

Abrió la puerta, diciendo:

—No sé cómo haces, Germa, para perder siempre la...

El hombre que tenía delante, alto y fuerte, de rubio pelo, y ojos grises, la turbó mucho.

—¿La señorita Merle Dee?

—Sí, señor.

—Mi nombre es Rex Caine.

—¡Oh! —exclamó confusa—. Pase, pase usted.

Merle sintió una profunda turbación. No lo pudo remediar. Era la primera vez que le ocurría ante un hombre, así, tan profunda. Claro que aquel... imponía por su talla, por su forma de mirar y por la cerradura de su boca, plegada en una mueca indefinible.

—Pase y siéntese —dijo aturdida.

—Con su permiso —dijo él.

Y se dejó caer en una butaca, cruzó una pierna sobre otra y colocó el sombrero sobre las rodillas.

—¿Una copa? —preguntó con vocecilla ahogada.

—No, gracias. Vengo a hablarle.

Era de suponer. No creía a Rex Caine capaz de hacer una visita de cortesía a su futura cuñada.

—Pensará que soy un entrometido —dijo Rex sin una mueca.

—¿Por qué había de pensarlo?

—Tampoco me guía la curiosidad por conocerla.

Era casi una descortesía, pero Merle no dijo una sola palabra. Aguardó. Consideraba que era lo más conveniente.

—Es usted la novia de Tom —dijo él, entrando de lleno en el asunto que lo llevaba allí.

—Así es. Solo desde hace tres meses, aunque haga más de un año que nos conocemos.

Pertenece a la misma pandilla de amigos.

—Ya.

—¿Tiene usted... algo que objetar?

—No, por supuesto. Pero un deber moral me trae aquí.

—¿Un deber moral?

—Así es.

Merle se movió inquieta. ¿Acaso era un indeseable, y su hermano iba a decírselo?

Pero, no. Tom era un chico estupendo. Todas lo sabían.

—¿Está usted muy enamorada de él?

La pregunta resultó impertinente. Merle tuvo deseos de mandarlo a paseo, pero de nuevo la contuvo su altivo porte, arrogante y lejano.

—Lo bastante para casarme con él —replicó con frío acento.

—¿Lo bastante, me pregunto yo, para sufrir por él?

—No..., no le entiendo, míster Caine.

—Puede llamarme Rex —dijo con acento ausente—. No sé si llegará usted a ser mi cuñada, pero de todos modos, hoy por hoy, es usted la novia de mi hermano.

¿Le hacía una concesión?

Ella no quiso admitirlo.

No porque le fuera antipático. Eso no. Porque seguía turbándola e imponiéndole su figura.

Era la primera vez que le ocurría, y por ello se sintió molesta.

—Antes de dar este paso, sostuve una conferencia con mi padre. Los dos estuvimos de acuerdo en que yo la visitara y la pusiera en antecedentes de algunas cosas delicadas.

—Sigo sin entenderle.

Merle se levantó y quedó erguida ante él.

Los ojos impasibles de Rex la recorrieron desde la punta del pelo a los pies. Lo que pensó de ella y de su belleza, nadie lo sabría fácilmente.

Entornó los párpados, cuando ella, un poco excitada, dijo:

—Yo no necesito el dinero de su hermano.

—Por favor, siéntese y cálmese. No he venido aquí en son de guerra. He venido por el contrario en son de paz. Sería yo un inmoral, si no le hablara hoy. Creo que es el momento oportuno de hacerlo.

—Sigo sin entenderle, se lo aseguro.

—Tom ha ido al médico ayer tarde. ¿Lo sabía usted?

—Sí.

Rex, que no se desconcertaba fácilmente, en aquel instante pareció un poco desconcertado.

—¿Se lo dijo él?

—Tom se siente mal desde hace algún tiempo. Fui yo precisamente quien le indicó que debía hacerse una exploración médica.

—¿Le ha dicho Tom los resultados?

—Sí, ayer noche por teléfono, por eso precisamente decidimos casarnos.

—¿Por qué? —preguntó él como un disparo—. ¿Hay una causa que justifique esta decisión?

—Desde luego. Está perfectamente. Según el doctor Peter Lee, solo padece una ligera afección bronquial, que es la que le produce esas súbitas fatigas.

—Le engañó el doctor, señorita Dee.

—¿Cómo?

VI

—**P**or eso estoy aquí —añadió Rex con gravedad, sin permitirle hablar—. Peter llamó esta mañana a mi padre. Le habló claramente. Lo que no le dijo a Tom, se lo dijo a nuestro padre y a mí. Yo lo supe ayer mismo por la noche.

—¿Qué..., qué es ello?

Rex introdujo la mano en el bolsillo del pantalón.

—¿Permite que fume?

—Por supuesto.

Con una calma que desconcertó y cohibió a Merle, Rex procedió a llenar la pipa, la encendió. ¿Fue ilusión de Merle, o los delgados y personales dedos de Rex Caine temblaron casi imperceptiblemente al sostener el encendedor?

Sentía como un nudo en la garganta.

Rex expelió el humo, diciendo de modo vago:

—No puedo ofrecerle cigarrillos. Siempre fumo en pipa.

—No tiene importancia. Yo tengo cigarrillos, si quisiera fumar.

—Fume, si ello le agrada.

—No, gracias. Dígame, por favor.

—Tom tiene una lesión en el corazón, como mi difunta madre. Murió joven y casi silenciosamente, cuando menos se esperaba.

—¡Oh!

—Eso es lo que vine a decirle.

—No sabía... ¡No!

Y tuvo miedo de echarse a llorar ante él. Se hubiera muerto de vergüenza que Rex Caine la viera llorar.

—Creo que tenemos el deber de advertirla. Hemos decidido hacerlo así, porque Tom debe ignorar siempre el estado precario de su salud.

—¿Considera usted... que no debemos?

Rex meditó la respuesta.

Se diría que la llevaba bien pensada.

—Al contrario. Si le quiere de veras..., debe casarse cuanto antes. Tom la ama mucho.

—Pero... mi vida...

—Eso es lo que usted debe pensar. Su vida. Es usted joven. Se quedará viuda muy pronto. No habrá ciencia humana que lo evite, señorita Dee.

—Hay que amar mucho para... —se agitó bajo el peso de su mirada— para...

—Para arriesgarse —terminó él.

—Sí —admitió Merle, convencida—. Hay que amar mucho.

—Y usted... no ama así a mi hermano.

Merle estuvo a punto de gritar.

—¿No le ama lo bastante?

—Le quiero.

—Eso no es suficiente —dijo Rex secamente—. No debe serlo.

Merle se puso en pie y se acercó al ventanal. Apoyada la frente en el cristal, permaneció inmóvil un buen rato, rígida, sin que Rex pronunciara una sola palabra.

Terminó de fumar la pipa y encendió otra.

Se diría que su nerviosismo era mucho, pero eso no era fácil de precisar.

—¿Qué quiere usted de mí? —preguntó ella de repente, sin dar la vuelta, porque la mirada de aquel hombre resbalaba por ella, y le producía una indefinible inquietud.

—Sinceridad para mí y falsedad para Tom.

Ella giró en redondo, con cierta violencia irreprimible lo que sirvió para que Rex pensara que era una muchacha vehemente y emocional.

—¿Falsedad para Tom?

—En lo que respecta a su enfermedad —cortó grave y secamente.

—No quiero quedarme viuda —dijo ahogadamente—. No podría soportarlo.

—Una vez eso haya ocurrido, se casará de nuevo. Es ley humana contra la que nadie puede luchar.

—¿Qué significa para usted el amor?

Rex no parpadeó.

—Cada ser humano lo siente de una manera acomodada a su temperamento. Lo que para unos es una exaltación, para muchos es un placer tan humano y a la vez tan espiritual que entenece.

Era crudo y real hablando. No se le podía pedir más.

—Piénselo usted —dijo más amable—. Tom la ama y usted le quiere —¿había ironía en la expresión? Merle nunca pudo saberlo. Él añadió, tras una leve pausa—: Dará un poco de felicidad, la última, al hombre que quiere. Con ello no hará más que consolar la vida de Tom, y vale más morir consolado que vacío. Yo, al menos, opino así.

—¿Qué debo hacer?

—No lo sé. Eso queda a su conciencia y su amor por mi hermano.

—No le amo hasta el sacrificio.

—Es halagador que sea sincera conmigo.

—No trato de serlo con usted, mister Caine. Pretendo tan solo serlo ante mí misma.

—Es más que suficiente.

Con el sombrero en la mano, se inclinó hacia ella.

—Ya me marchó. Solo le pido que nunca diga a Tom lo que yo acabo de decirle a usted. Si no está decidida a casarse con él..., hay mil pretextos que esgrimir. Para una mujer, eso es más fácil.

—Pero de cualquier forma que sea, dañará a Tom.

—Eso sí.

—¿Y usted desea que lo dañe?

—No.

—Lo pensaré —dijo con desaliento, y de nuevo a Rex Caine le pareció fabulosamente encantadora—. Tengo pocas horas para pensarlo, pues Tom me llevará a merendar a su casa esta tarde.

—Decídalo.

—Lo haré.

—He tenido mucho gusto en conocerla, señorita Dee —dijo Rex inexpresivo, iniciando el paso hacia la puerta, tras una breve inclinación de cabeza.

—Igual digo.

—Adiós.

Lo acompañó hasta la puerta. Así, ella alargó la mano, y él se la apretó apenas entre los dedos.

—Por favor —dijo—. No me agradaría que esto lo supiera nadie.

—Me case o no con su hermano..., nadie lo sabrá. Me refiero a lo que le ocurre a Tom.

—Gracias.

Y se alejó escalera abajo sin volver la cabeza.

Merle permaneció un rato en el umbral. Después cerró la puerta y se aproximó a la ventana.

Desde allí, tras el visillo, pudo ver cómo Rex subía a su lujoso automóvil y lo ponía en marcha.

Pensó en Tom.

Al mediodía, Tom la llamó por teléfono.

—Merle, Merle..., amor mío, a las cinco nos espera papá.

¿Tener valor para decirle que no?

Ella no lo tenía.

—Sí, Tom.

—¿Sabes que nos casaremos la semana próxima?

—Pues...

—¿No quieres?

Nunca tendría valor. Después de todo..., ¿por qué no podían equivocarse los médicos?

—Sí, Tom —dijo con un hilo de voz.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Eres de una sensibilidad subida, amor mío...

VII

—**P**apá, te presento a mi prometida.

Jim Caine no se conformó con estrechar su mano. La besó en la mejilla, diciendo suavemente:

—Me alegro mucho de conocerte, hijita. Tom me habló mucho de ti.

—Sentémonos —dijo Tom, asiéndola por el brazo—. Vamos a merendar con papá —miró en torno—. ¿No está Rex?

—Una vez dejó la oficina, se fue en su auto —lo disculpó el padre—. Ya sabes cómo es tu hermano.

—Él también debería casarse —rio Tom—. Pero Rex es de los que no se casan, ¿sabes? Ya lo conocerás. Parece el ser más inhumano del mundo, y resulta que no lo es tanto.

—No lo es nada, Tom —dijo su padre.

—Bueno, bueno, tanto como eso... Es como es, y no creo que pueda cambiar jamás. Pero yo le quiero y le admiro mucho. A veces pienso que es mejor ser como él. Se sufre menos.

Jim Caine no quiso decirle que, al contrario de lo que suponía, Rex sufría más que nadie.

—Habla de vosotros —cortó amable—. ¿Cuándo pensáis casaros?

—Dentro de una semana.

—Tom —susurró ella—, quizá nos convenga... esperar un poco más.

—¿Para qué? Yo lo estoy deseando. Tú vives sola con la gruñona Germa. Vendremos a vivir aquí, papá.

—Será para nosotros un placer infinito —siguió diciendo el padre— que viváis con nosotros. Además, la casa es grande y nadie os molestará. Rex se pasa la vida en su pabellón de la fundición, y a veces transcurre una semana sin que le veamos. Yo estaría muy solo si os casarais y marcharais a vivir fuera. Tengo un solar en la misma finca de esta casa —añadió como si pretendiera aturdirse—. Pensaba edificar para uno de mis hijos, pensando que el otro se quedara a vivir conmigo.

—Pero Rex no se casa, papá —rio Tom feliz—. Y si al fin lo hace, será cuando no pueda soportar la vejez.

Una doncella les sirvió la merienda.

Al final de aquella, que transcurrió cordialmente, alguien reclamó a Tom.

Jim Caine aprovechó para asir los dedos de la joven.

—No le dejes —pidió—. Sería... matarlo más aprisa.

—Pero yo... —susurró ella cohibida—. Yo...

—Eres generosa.

—¿No está siendo usted un poco egoísta?

—Sí, por supuesto. Lo sé. Pero ¿qué padre no lo es? No sabemos además lo que va a ocurrir... Quizá viva más de lo que dice Peter, y tal vez, asimismo, a ti te haga feliz un hijo suyo, si es que puedes llegar a tenerlo.

—Si él se va a...

—No lo digas.

—No querré quedar con un hijo —se agitó Merle—. Siempre tendría miedo a que heredara la enfermedad de su padre, y esa agonía no sería capaz de soportarla.

—Eres buena.

—Pero para mí, si me caso con su hijo, solo seré mala.

—Merle..., te lo ruego.

Tom regresaba en aquel instante.

—¿Qué te parece, papá? —preguntó feliz, al tiempo de levantar la barbilla de Merle con un dedo—. ¿Verdad que es una monería? Además tiene un corazón como una casa, papá. ¿Verdad que estás contento que la haya elegido a ella?

—Desde luego.

—Ya nos veremos, papá. Vamos a dar un paseo —dijo Tom, ayudándola a levantarse—. Dile a Rex cuando venga, lo que te parece mi futura esposa.

Rex entraba en aquel instante.

Tan alto, tan poderoso, tan enigmático, parecía llenar la estancia. Lanzó una mirada sobre Merle. Una mirada fugaz, y luego miró a su hermano.

—¿Tu novia? —preguntó, yendo hacia ellos.

—Así es, Rex. ¿Qué te parece?

Rex apretó la mano que Merle le tendía, como si tuviera un resorte automático en el brazo.

—Tienes mucho gusto, Tom...

—Gracias. Sabía que lo dirías.

—Mucho gusto, Merle. Ya sé que os casáis pronto...

El tuteo la desconcertó más. ¿Por qué razón? ¿Es que se estaba volviendo loca?

Rescató sus dedos y se colgó del brazo de Tom, como si allí buscara el refugio a una incertidumbre que empezaba a nacer y producía pesar.

Tom apretó contra su cuerpo aquella mano y se despidió, diciendo:

—Podéis encargar vuestros mejores trajes. Nos casaremos en seguida. Ahora marchamos. Hasta luego, papá —miró a Rex—. A ver cuando te decides tú.

Rex, por primera vez en su vida, contestó una humorada.

—Cuando encuentre una joven como Merle.

Tom marchó riendo. Merle sintió en su ser como una quemazón.

* * *

—Merle...

—Déjame en paz, Irma.

—¿Estás decidida?

Por nada del mundo se atrevería a decepcionar a Tom. Sería como matarlo antes de tiempo. Como destruirlo, más aún de lo que estaba.

—¿Sabes lo que te digo? Díselo tú, Robert.

—¿Por qué no la dejas en paz? —gritó el marido exasperado—. Hace más de una semana que das en el mismo sitio sin resultado, porque la aguja no pincha siquiera la tela. Se casa pasado mañana, y sigues con la misma cantinela. No todos los seres tienen que sentir el amor intensamente para formar un hogar.

—Pero Merle, sí.

—¿Y qué sabes tú?

—Déjala, Robert. De todos modos, no voy a hacerle caso.

—Sí da pena verte a su lado. No le amas. Lo ve un ciego. Le tomaste afecto y te da pena decirle que no quieres casarte. Yo te voy a decir algo, que Robert no podrá desmentirme. Con amor, hay mucho que ver en el matrimonio, cuanto más, solo contando con un cariño.

—Irma.

—Lo siento, Robert. Tú y yo nos adoramos, y, sin embargo, regañamos con frecuencia.

—Quizá por amarnos tanto. A veces pienso que basta un cariño y la comprensión, para ser feliz.

—¿Qué dices, Robert?

Este se echó a reír.

—Pretendo hacerte callar de una vez —gruñó—. Eso es lo que pretendo.

Se hallaban en casa de Irma. Merle había pasado por allí y entró a visitarlos. Tenía todo el equipo dispuesto. Se casaba con Tom dos días después.

—Quiero a Merle —terqueó Irma— y sé cómo es. No le bastará sentir cariño por su marido. Echará de menos el amor.

—Si yo le amo, Irma —protestó cansada.

—Como yo amo a mi hermano, que está enfermo en un hospital, y voy a verle una vez por semana y estoy deseando salir de allí, porque el olor a éter me descompone.

¿Acaso sabía Irma lo que le ocurría a Tom?

Quiso averiguarlo.

—Tom no está enfermo —dijo ahogadamente.

Irma se echó a reír.

—¿Qué más da? Para el caso es como te digo. Con el hombre que va a compartir nuestra vida, no basta sentir cariño. Hay que vivir con él, Merle —añadió con crudeza—. Hay que soportar sus exigencias y sentir las a la vez. No vale mirarlo. Ni que él te mire. Va a tocarte y a...

—Irma.

La joven se volvió hacia su marido.

—¿No es cierto, o qué?

—Mujer, estás resultando un poco cruel en tus realidades.

—Déjala, Robert, no le hagas caso —consultó el reloj—. Tengo que irme. Tom irá a recogerme dentro de una hora y media, y aún tengo que cambiarme.

Besó a Irma y palmeó el hombro de Robert.

—Os veré mañana. Creo que dan una gran fiesta en casa de los Caine. Iréis, supongo yo.

—Al menos estamos invitados —dijo Irma—, pero no estoy muy segura de ir.

—No le hagas caso, Merle. Iremos los dos.

—Gracias. Hasta mañana, pues.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Irma suspiró resignada.

VIII

La doncella le dijo:

—Tiene usted ahí a un señor muy elegante. Le dije que usted no estaba, pero él insistió en esperarla.

¿Jim Caine?

No. Le veía todos los días y cada vez le apreciaba más. Jim adoraba a sus hijos, y a Tom quizá le quisiera más, porque era una víctima, como lo fue su mujer.

Pasó a la salita.

Vestía un traje de hilo azul marino, falda estrecha y chaqueta corta. Debajo no llevaba blusa. Calzaba altos zapatos.

Estaba guapísima y personal, aunque ella no hiciera nada por estarlo.

Pasó y vio a Rex de pie junto al ventanal, de cara a la puerta.

—Usted...

—¿Por qué no tú, si en casa nos tratamos como hermanos?

Ella se agitó.

—Está bien —dijo—. ¿Qué ocurre?

—No lo sé. Nada, supongo yo.

—Como estás aquí...

—Pasaba junto a tu casa, y de repente pensé que debía subir a visitarte. ¿Puedo fumar?

—Siéntate y fuma —dijo ella, hurtándole los ojos, no sabía por qué—. Tom vendrá dentro de una hora.

—Ya.

Se sentó y quedóse inmóvil y silenciosa frente a él.

—Te casas pasado mañana —dijo con mesuramiento—. Lo que no me explico aún, es por qué lo haces.

—¿Y... me preguntas tú eso? ¿No me lo has pedido así? ¿No lo desea tu padre? ¿No destruiría a tu hermano, si ahora lo dejara?

Rex fumó aprisa. Muy aprisa.

Expelió el humo por la nariz, sin quitar la pipa de los labios.

—Por supuesto —dijo de modo raro—. Por supuesto.

Y, bruscamente, se puso en pie y quedó delante de ella, con las piernas un poco abiertas, la pipa entre los dientes y la mirada perdida en la serena belleza juvenil.

Aquellos ojos grises, de mirar desconcertante, produjeron en Merle como una súbita inquietud. Nunca supo por qué razón, desvió los suyos, se agitó, apretó una mano contra otra nerviosamente, al tiempo de pedir con voz ahogada:

—No me mires así... No soy un monstruo ni voy a cometer una canallada.

Si creyó que Rex iba a responder rápidamente, se equivocó.

Rex volvió a fumar muy aprisa.

Quedó pensativo.

Se diría que el hermano de Tom no pensaba nada en aquel instante, ni nada podía decir.

Pero al rato, como si hiciera siglos que ambos guardaban silencio, Rex se inclinó hacia ella y dijo de modo extraño:

—Me gustaría saber por qué sacrificas tu belleza por un hombre que no amas.

Merle se estremeció.

Se sentía tan turbada y extraña en sí misma, que solo supo ponerse en pie, apoyarse en el respaldo del sofá y quedar así, sostenida allí, con los hombros menguados, echados un poco hacia delante, sobando y sobando el tapizado del asiento.

—Eres joven y bella —dijo, él, como si la culpaba de ello—. Muy hermosa, Merle. Y sin embargo..., te vas a casar con Tom, que está condenado a morir.

—Quieres a tu... hermano.

—Desde luego. Y me satisface saber que va a tener el placer de casarse contigo.

Ella enrojeció.

Al alzar de nuevo los ojos, se encontró de nuevo con aquella mirada gris, fría como el hielo, y a la vez, en contraste, escrutadora.

—No eres bueno —reprochó—. No sé por qué..., sé que no lo eres.

—Me hiere saber que un placer tan inefable como será casarse contigo, va a destruir más pronto a mi hermano.

—Te ruego que... te vayas. Ningún mal te hice para que de pronto... vengas a ofenderme.

—Me lo hiciste. Sí —añadió como si reflexionara en alta voz—. Mucho.

—No voluntariamente.

—¿Qué importa? Me lo has hecho, me lo estás haciendo...

—¿Por..., por qué razón? No te comprendo. ¿Tratas de desconcertarme? ¿De intimidarme? No sé nada de ti. Has venido un día a esta casa a darme la triste noticia..., a hacerme un ruego, tú, que, según dijiste, jamás los hacías para ti, porque consideras que cuanto deseas lo consigues por ti mismo o lo desechas. ¿Por qué ahora me persigues con tu sarcasmo? ¿Por qué he de verte en todas partes? ¿Por qué has de intimidarme y cohibirme?

Él rio.

Era una risa fría y desconcertante.

—¿Te... cohíbo? ¿Tengo ese poder, Merle Dee?

—Me pregunto qué te propones.

—Perdona. A decir verdad, debo haber entontecido de repente —dio un paso atrás—. Adiós. Disculpa mis impertinencias.

Merle se fue tras él como sugestionada.

Ambos llegaron al umbral. Rex asió el pomo de la puerta, sin dejar de mirarla a ella.

—¿Por qué? —preguntó Merle con un hilo de voz—. ¿Por qué... te ensañas así? No en este instante. En todos los instantes de mi vida desde que me conociste. Cuando estoy en tu casa y no estás presente. Cuando te presiento tras un cortinón o una puerta. Cuando estoy en la calle y pienso que me sigues, o cuando me detengo en el portal de esta casa y Tom...

—Te abraza —cortó él fríamente.

—Eso es lo que me parece que te duele.

—Es, al menos, lo que me ofende y me descompone. Detesto las falsedades. Sé que debes casarte con Tom, y lo deseo así. Yo mismo, que nunca pido a nadie, te lo pedí a ti. Pero lo que no tolero es que vendas los besos. Que no se sientan y se den igual. ¿Por qué razón, tú que eres joven, hermosa y estás llena de vida, has de vender tus caricias y soportar las que no deseas?

—No tienes derecho a decir eso —gimió a punto de sollozar—. No lo tienes. Quiero a Tom.

—Sí —dijo, y ella evocó a Irma—. Lo quieres como yo quiero a mis obreros. Pero jamás se me ocurrió comer con ninguno de ellos. Eso es lo terrible y lo que no cabe en mi cabeza. Tendrá que pasar mucho tiempo, conocerte mejor, hasta el último repliegue de tu corazón, para que yo comprenda y admita tu desprendimiento, y no lo enjuicie.

—Tú solo das algo por algo.

—En cuestiones amorosas, sí —rotundo—. Solo de ese modo se puede dar y recibir. Estoy hablando de sentimientos hondos, los que yo considero que deben sentirse para casarse. No de deseos mercenarios, que se pagan a tanto la hora amorosa.

—Nada voy a decir en mi defensa, Rex —dijo ella calladamente, deliciosa dentro de su suave impotencia—. Voy a vivir con vosotros, vas a verme de cerca... Solo te pido que..., que... —le tembló la voz—. Que no me juzgues.

—Confíes que... tengo ese poder sobre ti.

Ella apretó las manos, una contra otra. Quedóse así, inmóvil frente a él, con los ojos fijos en el suelo.

—Me ofendes —susurró—. Mucho. No sé por qué, ni desde cuándo. Creo... que desde el primer instante. No sé... por qué razón.

—Ojalá ni tú ni yo lo sepamos nunca —fue la breve y seca respuesta.

Abrió la puerta.

Merle, impulsiva, la sostuvo a medio abrir con las dos manos.

—Rex..., procura vivir al margen de mi vida.

Él no respondió.

Echó a andar, y como si temiera volverse, se deslizó dentro del ascensor y apretó el botón.

Merle quedó allí, apoyada en el quicio, sintiendo calor en las sienes, temblor en los labios y aquel aleteo de inquietud en el alma.

Al día siguiente, fue la fiesta. Una gran fiesta, a la que acudió todo lo mejor de Boston.

Jim Caine la presentó a todos los amigos.

Ella esperó ver a Rex por allí, pero Tom le dijo en una vuelta de vals:

—Lástima que no esté Rex. Tuvo que ir a Nueva York. Espero que llegue a punto para la boda.

Ojalá no llegara.

Ojalá no volviera a verlo.

Ojalá no sintiera ella aquel terrible desconcierto.

IX

Como inconsciente, pronunció el sí de rigor.

La iglesia estaba atestada de público. Invitados y curiosos se alineaban a los lados de todo el templo, e incluso en las cercanías del mismo. Una hilera enorme de autos pertenecientes a los invitados, se alineaba a lo largo de la ancha calle.

Cuando salió del templo del brazo de su marido, sintió los dedos de Tom en los suyos.

—Soy muy feliz —dijo con voz queda, profundamente emocionado.

Ella ya lo sabía.

Pero sabía también que quizá ella no lo fuera a su lado. No sabía por qué razón, de súbito nacía en su ser aquella bárbara inquietud que no podía definir.

—Estás muy pálida, Merle.

Ella esbozó una sonrisa.

Estaba bellísima, dentro del modelo nupcial blanco, con corto velo y una cola que llevaban dos niños.

Todos los ojos convergían en ella. Todo eran murmullos y comentarios.

Rex se apartó de los curiosos. Fue a aislarse en un rincón, lejos ya del templo.

Veía cómo todos los invitados apretaban la mano de Tom y besaban a la novia. También él, quisiera o no, tendría que ir. Pero luego. En aquel instante, no podía.

Era absurdo que sintiera aquella quemazón, él, que, precisamente, jamás experimentó inquietud alguna por nada ni por nadie, y de repente, desde la periferia de su subconsciente, odiaba a su hermano.

Alguien dijo a su lado:

—Rex..., aún no has ido a felicitar a los novios.

—¡Ah! Hola, Sam.

—Bonita mujer —ponderó su amigo—. Ignoraba que Tom tuviera una novia tan hermosa.

Él sonrió tan solo.

Como una mueca.

Después dijo, al tiempo de echar a andar:

—Voy a felicitarlos.

Aún estaban rodeados de gente.

Se hizo paso y llegó junto a su hermano.

—Tom —llamó.

Este giró en redondo.

Se abrazó a él.

—Soy el hombre más feliz del mundo, Rex.

—Te lo mereces —susurró Rex, con voz honda y extraña.

Después giró hacia ella.

Sus ojos se encontraron. Por un segundo, se diría que los cuatro ojos se desconocían.

Fue como si ambos anhelaran en aquel instante, quizá crucial en sus vidas paralelas, desconocer para siempre. Él, por deber moral hacia su hermano, hacia su conciencia, hacia la pureza de aquella muchacha que era la esposa de Tom. Ella, porque deseaba ser fiel, no solo a sí misma, sino al cariño que sentía hacia su marido.

Luego, él se inclinó.

—Es de rigor —dijo amablemente— que se bese a la novia.

—Sí —susurró ella, con un hilo de voz.

Rex se inclinó. Sus labios, puros por primera vez en su vida, se posaron en la mejilla pálida y por un segundo, no supo por qué razón, envidió a su hermano.

Rex podría decir algo. Era lo correcto, lo normal, lo obligado en tales casos. Pero no dijo nada. La miraba y ella sonreía como una chica tímida que no sabía qué decir.

De repente, la indescriptible personalidad muda de Rex cobraba fuerza ante sus ojos. Aquella pureza de su mirada y aquella suavidad de sus labios producía en ella una definitiva paz.

Giró sobre sí misma. No supo por qué razón deseaba alejarse de él. De repente lo veía de otra manera.

Rex quedó allí sonriente, admirando pacíficamente la deliciosa figura vestida de blanco.

Ella ni siquiera esperó que él dijera algo.

Dio la vuelta sobre sí misma, se asió al brazo de Tom como un náufrago que va a sumergirse en las profundidades, y en último minuto de su vida, hallara una tabla donde asirse.

Ya no volvió a ver a Rex.

En la fiesta, durante la comida, fue como vivir un suplicio. Y cuando se inició el baile, le dijo a Tom que prefería marchar.

No lo prefería. Pero sí prefería huir a bailar con Rex... Ella no sabía lo que sentía junto a aquel hombre. Era como una admiración que no fuera sentir.

Pensó en su amiga. En sus recomendaciones.

«Tienes un temperamento emocional tremendo. Suponte que un día te enamores de verdad...».

Le horrorizaba la idea de enamorarse de Rex.

Tom la atrajo hacia sí y la besó en la frente.

—Vamos, querida mía. Estás muy aturdida. Si he de serte sincero, yo siento como un ahogo... Quizá sea la emoción.

* * *

—Mira, Rex, he tenido carta de los novios.

Rex, que se hallaba sentado en un rincón del *living*, con la prensa del día abierta ante los ojos, solo levantó estos un segundo.

—¿Están bien? —preguntó—. Ya hace un mes que se han casado.

—Son dos cartas. Una de Tom, alegre y optimista. Otra de Merle...

—¿Y... bien?

—Parece ser que Merle escribió sin que Tom la viera. Dice que Tom no se siente bien. Que nada le dijo, pero que ella nota algo raro.

—Ya.

—Rex...

—Sí, padre.

—Estoy muy preocupado. Si Tom no se encuentra bien y se abstiene de decirlo a su esposa, es que el mal... es aún mayor de lo que Merle supone. Voy a hablar por teléfono con Peter.

Se puso en pie sin esperar respuesta, y fue a sentarse casi junto a su hijo, pegado al teléfono.

Marcó un número con calma, mientras comentaba apesadumbrado:

—Es terrible. Terrible, sí, que en plena juventud... un hombre lleno de ansias de vivir, se muera.

Contestaron al otro lado.

—Soy míster Caine. Quisiera hablar con el doctor Lee.

—En seguida; señor.

Jim tapó el auricular.

—La carta de Merle destila amargura. Dice que Tom, por las noches, cuando no se cree observado, se sienta en el lecho, y a veces se levanta y abre la ventana. Respira hondo y hondo, una y mil veces, y luego vuelve al lecho con la misma fatiga.

—El matrimonio pudo precipitar su muerte.

—Sí. Pero al menos, habrá conocido un poco de felicidad.

La pregunta de Rex surgió como un pistoletazo.

—Si Tom se muere... ¿Qué vas a hacer con Merle?

—¿Cómo?

—Eso te pregunto. ¿Entregarle una dote y enviarla de nuevo a su casa, o...?

—Estás loco, Rex. ¿Cómo puedo hacer yo esa canallada? Además..., es como volver a sentir la presencia de Tom entre nosotros. No podré nunca despedir a mi nuera. Quiero verla aquí, y casarla de nuevo si es posible y ella lo desea.

Al otro lado del teléfono se oyó la voz de Peter Lee:

—Dime, Jim.

—He tenido carta de Tom y de Merle.

—No me interesa lo que diga Tom —exclamó Peter rápidamente—, sino lo que diga ella.

—Asegura que Tom se levanta por las noches, cuando no cree ser observado, y se va a la ventana a respirar hondo. Pero al regresar al lecho... vuelve con su fatiga.

—Un día no despertará, Jim. Esto es lo que tienes que pensar, y vete haciéndote a la idea de que será pronto.

—Cristo, Peter. Cristo del cielo. Ten presente que soy su padre y que viví para mis hijos desde que estos nacieron.

—Eso no va a evitar el desenlace, Jim —dijo Peter con su habitual profesionalismo, un poco inhumano por lo real—. Nos ocurre a todos, y todos tenemos que resignarnos cuando sucede lo inevitable. Pero ten presente que lo peor no es para ti, sino para la muchacha que se casó enamorada.

Rex se puso en pie.

En aquel instante, solo sentía el dolor de perder a Tom. Él tenía nueve años, cuando Tom tenía cuatro. Fue entonces cuando falleció su madre. Tom, por las noches, de cama en cama, preguntaba invariablemente:

«¿Por qué no viene mamá? Quiero que mamá venga a darme un beso».

Mamá estaba muerta.

Él, entonces, ya sabía lo que era la muerte. O quizá tenía de ella una idea mucho peor aún de lo que era en realidad. Nunca podría olvidar el rostro palidísimo de su madre. Los labios morados, que ya no sonreían. Los ojos cerrados, que, por mucho que él hiciera, ya no se abrirían.

—Está bien, Peter. Tan pronto regresen, te avisaré.

Colgó.

Miró a Rex, que parecía una estatua, con la pipa apretada entre los dientes y la vista fija en la alfombra.

—Peter dice que cuando ellos regresen, con un pretexto cualquiera, hará una profunda exploración a Tom.

—De lo que nada se deducirá, más que lo ya deducido.

—Lamentablemente, es así...

X

Regresaron al día siguiente por la noche.

Rex nunca dejaba solo a su padre, desde que ellos marcharon. Más que padre e hijo, eran como dos amigos entrañables y verdaderos, que nada se ocultaban. Hablaban de todo. De negocios, de sus finanzas, e incluso de mujeres...

Aquella noche, de sobremesa ya, se hallaban ambos en el *living*, como siempre, enfrascados en la lectura de la prensa de la tarde. Jim, fumando un habano, repantigado en una butaca, hablando de vez en cuando.

Ni siquiera oyeron el auto detenerse en el parque. Pero sí los pasos de los recién llegados al cruzar el vestíbulo.

Jim dio un salto, exclamando:

—Son ellos que regresan.

Rex dobló la prensa.

Lo hizo con fuerza. Hasta crujir de modo intenso los papeles que aún olían a tinta.

Después, como su padre, se puso en pie.

Tom y Merle entraron a la vez. Él sonriente, muy pálido, más delgado, con un morado delator en los labios. Ella frágil, delicada y cohibida.

Mientras Jim abrazaba a su hijo, Rex la miró a ella. Sus ojos se encontraron. Los de ella suplicantes, como pidiendo: «No me tortures. Respeta mi matrimonio con tu hermano y no me culpes de nada, porque hice todo lo posible para que Tom fuera feliz». Los de él, escrutadores, hondos, como si buscaran en su ser y pretendieran saber todo lo que hizo durante aquel mes.

—Hola, Rex... —susurró ella con un hilo de voz.

Rex pensó.

Y sintió rabia. Una rabia que dobló tras un sobrehumano esfuerzo. ¿Estaba loco?

¿Qué le importaba a él todo aquello? ¿No era Tom su hermano, y él lo amaba como jamás amó a nadie? Y Merle era la esposa de su hermano...

—Hola, Merle —dijo en respuesta tardía—. Hola.

Jim ya soltaba a Tom y así a Merle por los hombros, y le decía ponderativo:

—Estás guapísima, Merle. Indescriptiblemente bonita.

Tom iba hacia Rex.

—Hola, hermano.

Rex le abrazó. Fuerte, fuerte, como si así se hiciera perdonar sus pensamientos pecadores.

—Me ahogas, muchacho.

Y después, con una sencillez de persona inocente que tiene la mente limpia de pecado:

—¿No abrazas a Merle?

Y lo empujaba hacia ella.

Rex quitó la pipa de la boca. Olía fuerte, a buena loción, a tabaco, a hombre elegante.

Jim soltaba a Merle en aquel instante, y Tom empujaba a Rex hacia ella.

—Abrazala, Rex. ¡Somos tan felices!

Rex se acercó a Merle. No quiso mirarla a los ojos. No pudo. No la abrazó. Se inclinó y la besó apenas en la mejilla. Fue un beso fugaz, que ella no sintió. Pero sí sintió aquel indescriptible aturdimiento, aquella turbación, que le causaba la presencia de Rex.

—Estaréis cansados —dijo Jim, ajeno a lo que ocurría en torno a él—. ¿Habéis comido?

—Claro que sí. Hemos tomado el auto en el aeropuerto y comimos en un parador. Estuvimos a punto de pasar la noche en un motel, pero Merle prefería regresar a casa.

—Entonces, será mejor que nos contéis algo del viaje, y luego os retiráis. Sentaos.

Lo hicieron los dos, uno junto a otro, frente por frente a Jim y Rex.

—Hemos pasado un mes en las Bermudas. Fue algo delicioso, papá. Me gustaría que estuvieras allí, Rex.

—He ido muchas veces —dijo Rex amablemente.

—Pero no con una esposa.

—Eso no —rio cachazudo—. Supongo que será delicioso.

—Mucho. Merle y yo disfrutamos de lo lindo.

—Estás algo pálido, Tom —dijo el padre—. ¿Te sientes bien?

—Bueno, eso ya sabes lo que es. Los bronquios a veces me juegan malas pasadas. Pero pasará —miró amorosamente a Merle—. Ella me ayuda mucho.

Merle solo sonrió, ante la mirada de su marido.

—Ahora será mejor que os retiréis. Dime, Tom... ¿No sería mejor que te viera Peter de nuevo?

En otro momento cualquiera, Tom se hubiera exaltado, protestando. Debía sentirse muy mal para admitir la sugerencia de su padre, de muy buena gana.

—Mañana mismo, papá. Le pediré que me ponga un fuerte tratamiento para los bronquios.

—Yo mismo iré contigo —dijo Jim.

—¿Por qué? —rio Tom divertido—. Ahora ya tengo quien me acompañe, papá. Perdona, ¿eh? Me acompañará Merle. ¿Verdad, amor mío?

Ella asintió con un breve movimiento de cabeza.

Trató de abrazarla. Ella lo apartó suavemente.

—Merle...

—Ya sabes que no te conviene, Tom —susurró suavemente, con infinita ternura.

Le quería.

Era algo raro lo que le ocurría. Quería a Tom y no sentía reparo alguno en confesárselo a sí misma, pero... ya sabía que podía sentir una gran pasión. Sí, junto al cariño de Tom, se dio cuenta.

«Hay algo más, Merle».

Lo decía Irma.

Ella ya lo sabía, aunque trataba por todos los medios de doblegar aquella realidad que a veces lastimaba como una herida abierta, que no se cerraba nunca.

Pero, consciente de sus deberes de esposa, ante un hombre débil y enfermo, evitaba en lo posible la intranquilidad de Tom, la fatiga, el sobresalto.

—Merle...

—Estamos muy cansados —dijo ella con ternura.

Tom lo estaba. No quería confesarlo, pero ella lo sabía.

Abrazar a Merle era una delicia, y una necesidad. Contemplarla significaba para él una adoración y así lo manifestaba cuando traslucía en Merle aquella ternura que él siempre le inspiraba.

—Verás cuando Peter me ponga un buen tratamiento —decía invariablemente.

Ella, entonces, sentía mayor piedad y se acercaba a él. Le ponía una mano en la frente, e iba poco a poco retirando sus cabellos.

—No quiero que seas una hermana de la caridad —decía él dolido.

—No, Tom. Ya sabes que no.

Pero lo era.

Quizá Rex la consideraba una mujer sin escrúpulos. No lo era.

¡Rex!

No quería pensar en él.

Con sus ojos grises, penetrantes como cuchillos. Con sus labios sensuales, un poco caídos hacia abajo, doblados en una sonrisa indefinible.

¡Y aquel mirar acusador, y aquel revestirse de indiferencia!

Era como un suplicio. Ella tenía miedo. Sí. De la convivencia en aquella casa, de la muerte de Tom, de su soledad espiritual.

—¿En qué piensas, Merle?

—¿Pienso?

—Lo parece.

—No —sonrió—. No pienso. Te aseguro que tengo la mente detenida.

—¿Desde cuándo? —reía él.

—Desde que me casé contigo, Tom.

—Si yo te faltara...

—¡Oh, no! —se horrorizó—. No digas eso.

—Pero suponte que muera.

¿Sabía? No, pero aquella fatiga podía infundirle temor, e incluso empujarlo subconscientemente hacia la verdad.

—No me hables así.

—Pero los más sanos hablan de eso. No tiene importancia, Merle. Yo te digo que si te faltara. Si inevitablemente me muriera...

—Calla.

—¿Sabes lo que te pediría?

—No —se agitó—. No quiero saberlo.

—Tengo que decírtelo, por si ocurriera algún día y fueras joven y Rex estuviera vivo.

—No —gritó como una agonía—. ¡No!

Tom se echó a reír.

—No me hables de eso.

—Pero si es solo una suposición, Merle.

—Ni aun así.

—Tontita, si no va a pasarme nada.

—Te lo ruego, Tom.

—Tengo que decírtelo. Si yo me muriera, le pediría a Rex que se casara contigo.

—¡No!

—Merle..., ¿por qué gritas así?

No podía soportar aquella idea. Sentía un profundo temor. Por Rex. Por la impetuosidad que adivinaba bajo su impassibilidad. Por el mirar de sus ojos, que despertaban en ella inquietudes de las cuales, antes de conocerle a él, no tenía idea ni de que existían.

—Merle. ¿Qué te pasa? ¿Estás llorando?

Se aferró a él.

—Calla, Tom, calla. No me amargues.

Ella se enredó en sus brazos y pidió bajísimo.

—Háblame de cosas bellas. Muy bellas, Tom.

—Eres como una criatura. Una criatura deliciosa, Merle.

—Quisiera detener el tiempo en este instante, y no pensar y hacerme a la idea de que no hay pasado ni futuro. Solo presente. Este de estar a tu lado y sentir esta ternura.

Él ya lo sabía.

—Merle...

—Calla. Calla, Tom.

Él hizo que descansaba, pero Merle pudo ver que a medianoche se levantaba e iba a la ventana abierta, y respiraba fuerte, fuerte, como si la vida le fuera en ello.

XI

Siempre trabajaban juntos en el despacho. Tom hacía de secretario de su hermano, y nunca sintió complejo por ello. Ni siquiera pequeñez. Para él, Rex era un superdotado. Un ser incommensurablemente grande. Algo que no existía en todas partes, o en ninguna.

Aquella mañana, llevaban más de dos horas sin detener el trabajo. Rex, sentado tras la mesa firmando, consultando documentos.

Tom repasando escrituras y contratos.

—¿Sabes cuántos dividendos tenemos este año, Rex?

—Más que nunca. Ha sido un buen año. Cuando llegue enero batiremos un récord.

Tom se echó a reír.

—Y pensar que el tonto de Peter pretende que me quede en cama.

—Contra lo que tú piensas, yo considero que debías tomarte unas vacaciones.

—Bobadas. Por una bronquitis crónica.

—A veces te impide respirar y te produce palpitaciones —adujo Rex suavemente. Y de súbito, con una suavidad mayor, sincera, sin el morboso deseo de saber—: ¿No abusarás un poco?

Este, al pronto, no dijo nada. Pero luego, casi inmediatamente, se echó a reír, con desenfado.

—A buena parte vas a parar —exclamó—. Merle es como una enfermera rigidísima.

—Es bella —adujo Rex con rara entonación, que pareció pasar desapercibida para Tom.

—Mucho.

—La amas.

—Con toda el alma.

—Es tu mujer.

—Rex..., ¿a qué viene eso?

—Viene a que, después de enumerar tantas cosas, no me digas que te es fácil prescindir de ella.

—Esta bronquitis —susurró Tom, como vencido momentáneamente— me desquicia. De verdad, Rex. Te aseguro que me siento acomplejado ante mi propia mujer. Por eso..., me siento pequeñísimo.

—¿Pequeñísimo?

—Pues sí. Merle es pasiva. Nunca siente inquietudes..., ya sabes.

Tom, ajeno a sus pensamientos, añadió:

—Nunca pude elegir mejor esposa. No, Rex. No es el matrimonio lo que me constipa. Es esta maldita bronquitis... Y lo peor es que llevo más de una semana inyectándome, sin notar alivio.

¿Sabes, Rex? Muchas veces pienso que... bueno, dirás que soy un tonto pesimista.

—No lo pienso, Tom.

—Es que tú siempre viste en mí como un hijo mayor, ¿verdad? No tengas reparo en admitirlo. Piensa que no me ofendes. He crecido asido a tu mano. Con el amor de papá, que fue para los dos muy bueno y cariñoso, pero yo, no sé por qué razón, tenía más confianza en ti. ¿Recuerdas cuando tenía diez años y me rompí la pierna? Tú tenías quince y ya te gustaban las chicas. Yo sé que lo pasabas estupendamente con aquella muchacha pelirroja que llevabas hacia el bosque en tu caballo...

—Tom... ¿Quién te ha dicho eso?

—Bueno, uno cuando tiene diez años, no se da cuenta de nada, pero a medida que crece, se percata de muchas cosas, desmenuza cada una de ellas y comprende el significado que a los diez años ni siquiera imaginaba. ¿Sabes cuándo me di yo cuenta de tu asunto con Ani, la muchacha del guardabosques?

—Tom.

—No me mires así, Rex —rio Tom con una mueca— al fin y al cabo fue tu primer secreto amoroso. Dime, Rex, ¿la amaste de verdad?

—Cuando se tienen quince años, uno cree que el mundo es suyo, y al encontrar una mujer, piensa que es como una reina y jamás habrá otra igual. Pero cuando creces, te das cuenta de más cosas. Llegas después a la conclusión de que todo aquello que te parecía puro, es una basura.

—Eso es. A mí también me ha ocurrido. ¿Sabes, repito, cuándo me di cuenta? Cuando cumplí yo quince y Sara Morgan me citó al molino. Fui. No te rías de mí, Rex. Allí, junto a ella comprendí lo que hacías tú con Ani.

—Olvídate de eso. Son infantilidades que luego turban a uno.

Tom se echó a reír con aquella risa suya un poco forzada.

—Cuando me rompí la pierna, tú te olvidabas de Ani para quedarte a mi lado. Nunca fuiste tan locuaz como entonces, Rex. ¡Qué cuentos me contabas! No te rías de mí, pero a veces cierro los ojos y los evoco uno por uno.

—Trabaja, Tom. Déjate de divagaciones infantiles.

—Es que quiero decirte algo, Rex.

—Dilo.

Y cambió la pipa de una comisura a otra, con nerviosismo.

Desde hacía una semana, intuía que Tom pretendía decirle algo trascendental. Y pretendía evitarlo. No sabía por qué, pero lo evitaba.

Sabía que en aquel instante no iba a poder conseguirlo.

Estaban solos en el despacho. Su padre había salido de viaje el día anterior y no regresaría hasta dos días después.

Él prefería vivir en el pabellón. No podía soportar la idea de encontrarse a solas con Merle... No. Que vivieran su vida solos en el palacete. Una semana ya desde el regreso, y solo podía verla de lejos.

Y es que no quería verla de cerca.

—Rex...

Este despertó de sus pensamientos.

—Dime, Tom.

—Ahora nunca vienes por casa. ¿Qué tienes en el pabellón? ¿Recibes a tus amigas?

—Claro que no —protestó Rex—, jamás recibí a una amiga de esa índole en mi pabellón. Mi vida sexual está muy lejos de mis intimidades sencillas.

—Ni siquiera vienes a comer con nosotros.

—Quizá lo haga mañana, o pasado. Es que ten presente que aquí hay mucho trabajo. Me quedo hasta muy tarde en la oficina, y luego me meto en mi pabellón y sigo estudiando estos intrincados asuntos. Me gusta llevar las cosas bien, y nuestros negocios se extienden cada vez más. No creas que es fácil ser director de una fundición y llevar buena marcha en todas las cosas que tenemos extendidas por todo el país.

* * *

Hubo un silencio.

Tom encendió un cigarrillo y empezó a toser.

Rex se puso rápidamente en pie y fue a su lado con un vaso de agua.

—Tómame la píldora, Tom.

—Malditas píldoras. Cada vez me hace más daño el tabaco. No me explico por qué.

—Los bronquios.

—Sí, quizá.

Se tomó la píldora. Estaba pálido y le temblaban un poco los labios.

—Rex..., tengo que pedirte algo.

—¿Pedirme?

—Sí, Quizá no ocurra, pero suponte que yo muriera.

Rex se estremeció de pies a cabeza.

—¿Qué dices? ¿Estás loco? Eso no debes pensarlo siquiera.

—Hemos de pensar en ello, Rex. Hay que pensar, por fuerza. Piensan los sanos, cuanto más los enfermos como yo.

—Lo tuyo no tiene importancia alguna.

—Suponte que la tenga. Tienes que hacerme una promesa, Rex.

—No sé qué decirte, Tom. No me gusta hacer promesas sin saber de qué se trata.

—Si yo muero... Si yo muero..., Rex, cástate con Merle.

El director de la fundición giró bruscamente sobre sí mismo. Quedó de espaldas al sillón donde Tom se derrumbaba.

—Rex...

Este no se movió.

«Merle».

Claro que se casaría con ella.

—Rex..., ¿me has oído?

«No puedo dar la vuelta ahora —pensó—. Debo estar pálido y crispado y odioso».

Pero la dio.

Tom no vio en él más que su tesitura habitual.

—¿Qué dices, Rex? No puedo soportar la idea de que Merle se vuelva a casa sola, desorientada... Y la conozco. Sé hasta dónde alcanza su orgullo. No querrá quedarse a vuestro lado. Ella... es así.

—¿Cómo es?

—Así. Altiva y distante cuando se siente sola. Tierna y suave para evitar al marido un cansancio inadecuado. Es una mujer maravillosa, Rex. Te hará feliz.

—¿Pero qué estás diciendo? ¿Qué tiene que ver tu bronquitis con todo eso?

Fue entonces cuando Tom se quitó la careta y dijo:

—No juguemos más al escondite, Rex. Sé todo lo que pasa. Lo que tú sabes y sabe Merle y papá, y Peter.

Rex se olvidó de Merle. De lo que sentía por ella, de todo menos de Tom. Fue a su lado, y, como cuando era niño, le puso una mano en la frente y le despejó el pelo.

—Sé de la enfermedad que falleció mamá —dijo—, y sé lo que Peter te dijo a ti el día que te llamó a su despacho. Te vi salir, Rex. Te vi caminar por la calle como un borracho, tú, que jamás te has cohibido ni amilanado con nada. Y sé por qué te cerraste en tu pabellón y estuviste dos días sin salir más que a este despacho.

—Tom.

—Y sé por qué papá no se opuso a mi boda, y sé... que tú fuiste a ver a Merle.

—¿Yo?

—Me lo dijo la criada. Fue algo casual, sin ella darse cuenta. Yo me la di en el mismo momento. Merle no me amaba, Rex. ¿Por qué vamos a continuar con una careta puesta, que ya no tiene razón de ser? Una vez terminemos esta conversación, volveremos a ponérsela, Rex.

—Cállate, Tom. Por el amor de Dios, cállate.

—Ya no puedo. Sé que esto se acaba, y si bien me duele, como sé asimismo que no puedo luchar contra ello, ni lamentar lo inevitable, es por lo que hablo contigo como si sostuviera una conversación con mi otro yo. Un día cualquiera, o quizá esta misma noche, o mañana, habré muerto, pero quiero llevarme el consuelo de saber que puedo pagar el desprendimiento de Merle, con un amor verdadero.

—Yo no, Tom. Yo no la amo.

—Lo sé. Pero la amarás. Nadie que la conoce pasa a su lado sin amarla. Por eso yo la adoro y la venero. Tuvo compasión de mí, y seguro que tú le pediste que no me dejara... Tú no sabes lo que estuve luchando contra su oposición durante un año o más, y de repente, ella me admitió. Después... —metió las manos en los bolsillos y extrajo unas píldoras—, esto... esto que jamás curó una bronquitis, sino una lesión cardíaca.

—Tom.

—Pero no voy a hablar de mí, Rex. Quiero hablar del futuro, de tu futuro con Merle.

—Por favor...

—Prométeme que si yo muero...

Rex apretó los labios.

Quitó la pipa de la boca y la golpeó contra el alféizar de la ventana. Procedió a llenarla de nuevo. Un acre olor se extendió por el amplio y lujoso despacho.

—Cuando pase un tiempo prudencial después de mi muerte, Rex...

—Cállate.

—No viviré tranquilo mientras no me digas...

—Me casaré con ella, te lo prometo, Tom, si ella está dispuesta a casarse conmigo.

—Gracias, Rex. Mil gracias.

Y con apenas fuerza se puso en pie.

—Me voy a casa, ¿sabes? No me siento bien. Creo que..., que... Como cuando era niño, Rex. ¿Te acuerdas? —sonrió suavemente, al tiempo de asirse a su brazo—. Yo siempre tenía miedo, y tú... eras valiente.

—Calla, Tom. Calla, por el amor de Dios.

XII

Merle se hallaba en la terraza cuando los vio descender del auto. Notó algo raro en Tom. No se sostenía en el brazo de su hermano, pero vio su palidez y el morado característico de sus labios, cuando la fatiga y las palpitaciones le agitaban.

No quiso dar sensación de ansiedad.

Esperó allí. De pie.

Rex ya estaba allí, junto a Tom. La miraba también. Ella sabía que Rex no quería mirarla de aquel modo, pero algo más fuerte que su voluntad le obligaba a ello. Como si la desnudara el alma y se gozara en ello.

Desvió sus ojos para fijarlos en Tom.

—¿Te ocurre algo, cariño? —preguntó, solícita.

Tom sonrió. Fue una mueca indefinible.

—Quizá el cansancio, ¿sabes, Merle? Vengo a acostarme, como un niño pequeño que jugó mucho, se acaloró y tomó frío después y le sube la temperatura.

Ella lo asió por el brazo. Lo miró con infinita ternura.

«Esta muchacha es capaz de sentir las pasiones más exaltadas, como las ternuras más vivas», pensó Rex con pesadumbre.

Y es que se sentía culpable, pecador, inhumano, al pensar con tanto materialismo, cuando el momento no lo requería.

—Te acompañaré, Tom —decía ella, quedamente.

Y Rex vio cómo los finos dedos que él hubiera venerado entre los suyos, retiraban el cabello de Tom y lo acariciaban una y otra vez.

—Vamos, Tom, vamos —decía—, vamos...

Olvidada de él.

Como si no existiera.

Como si él no estuviera allí, mirándola como un estúpido. Y no quería. Era de lo que se culpaba.

Los vio desaparecer.

Quedóse en la terraza.

La vieja ama de llaves que un día hizo de nodriza se acercó a él por la espalda.

—Está muy mal, Rex.

Este se movió rápidamente. Miró a un lado y a otro con desesperación.

—No lo digas, Mimi. Piénsalo, si quieres, como yo, y desgárrate de pena, pero no lo digas.

—Ella... lo sabe.

Rex afirmó con un breve y brusco movimiento de cabeza.

—Me dan mucha pena los dos, pero él más. Ella es joven. Rehará su vida. Es como una ley humana a la que nadie escapa. Pero Tom... Nuestro muchacho...

—Calla te digo, Mimi.

—Si pudiera. Le vi nacer. Le crie. Le recogí en mis brazos cuando tenía cuatro años. Recuerdo que tenía miedo. Siempre tenía miedo...

—Calla, te pido.

—En cambio, tú nunca lo tenías. Pero cuando murió tu madre, llorabas por las esquinas. Te daba vergüenza de que te vieran llorar.

No podía oírla.

Huyó de ella y se perdió en el parque y se adentró en el bosque frondoso, y se apoyó en los árboles erguidos, que parecían burlarse de su bárbaro dolor.

Nunca supo el tiempo que estuvo allí, perdido en la espesura, azotando con rabia incontenible los arbustos, maldiciendo no sabía qué, ni por qué.

Cuando regresó a casa, se encontró con Peter que salía.

—¿Qué hay? —preguntó como un autómata.

Peter lo asió del brazo y tiró de él. Caminaron ambos hacia el auto de Peter, detenido a pocos metros.

—Merle me llamó con urgencia. El primer ataque, Rex. Puede surgir el segundo en cualquier momento, y si lo soporta, surgirá un tercero y no habrá más. O quizá se quede así, pasivo e indiferente. ¿Sabes una cosa, Rex? Yo, en tu lugar, llamaba a tu padre.

—Tom sabe lo que le ocurre —dijo Rex con brevedad, que era como un dolor mordido con saña en su ser.

—¿Cómo?

—Lo sabe. Todo.

—Dios santo... Eso es horrible.

—Llamaré a mi padre ahora mismo. Creo que podré localizarlo en Nueva York.

—¿Estás seguro... que Tom sabe?

Afirmó con la cabeza.

En aquel instante no hubiera podido pronunciar palabra.

—El sufrimiento tiene que ser tremendo, Rex. No le abandones. No basta Merle para calmar ese indescriptible dolor juvenil. Saber que se va a perder la vida en plena juventud, es peor que la más dolorosa agonía.

Rex ya lo sabía. Lo despidió con una débil mueca y luego se cerró en el despacho particular del palacete. Llamó a su padre al hotel de Nueva York. No pudo comunicar con él hasta una hora después.

Le dijo lo que había, y Jim Caine, con la voz enronquecida, le dijo que regresaba de inmediato.

Fueron seis días horribles.

El tercer ataque tuvo lugar el séptimo día. Tom perdió el conocimiento y falleció al amanecer, con una mano de Merle entre las suyas y otra de Rex.

* * *

No se movió de su lado ni un segundo. Intentaron sacarla de allí. La casa se llenó de gente. Todo el mundo opinaba, sin que nadie pidiera opinión. Todos querían saber y decir y recomendaban que quitaran de allí a Merle.

Pero Merle no se movía.

Jim trató de apartarla de allí.

—No has dormido hace más de una semana, Merle... Por favor, hijita.

—Déjame. Quiero estar aquí.

No había patetismo en su acento, ni lágrimas en sus ojos, ni teatro en sus ademanes. Pero había sentimientos hondos, verdaderos, y Jim Caine sintió que se conmovía profundamente.

Él sí lloró.

Rex no estaba allí.

En ningún momento estuvo presente. Se diría que prefería evitar el dolor, o que lo sentía de tal modo, que le cohibía, él, tan fuerte, tan seguro de sí mismo, que los demás lo presenciaran.

Pero cuando llegó la hora de llevarse el cadáver, apareció Rex. Pálido, con los ojos muy brillantes, la boca de trazo firme, muy apretada. Miró a Merle. Hubo en sus labios como un conato de sonrisa.

Dijo bajo, inclinándose hacia ella y tomándola del brazo:

—Ahora... vete. Te lo ruego.

—Quiero estar aquí —dijo Merle, con débil acento.

—Lo vamos a llevar.

—¿Tú?

—Yo —dijo él—. Sí, yo ayudaré.

Y con suavidad levantó la tapa de cristal, besó a su hermano muerto en la frente y la volvió a tapar.

Merle, que tenía la mano apoyada en el féretro, sintió que algo húmedo, como una gota gorda, caída de alguna parte, se estrellaba en su mano.

—Rex —dijo, bajísimo—, Rex..., estás... estás... llorando.

Rex levantó la mano y la pasó por los ojos. Roncamente, murmuró:

—Yo no lloro. —Y después, con voz que parecía salir de lo más hondo de su ser, añadió—: Venga aquí, señor Ball. Ayúdeme.

Después miró de nuevo a Merle, que lloraba apretada en los brazos de Irma.

—Llévatela de aquí —dijo—. Por favor, llévatela, Irma.

Jim se acercó temblando. Quiso ayudar a su hijo, pero Rex, con suavidad, lo apartó.

—Deja, padre..., podemos nosotros.

—Entiéndalo en el panteón, Rex —susurró Jim Caine, con voz que no parecía la suya—. Bien cerca de su madre, hijo mío.

—Sí, padre.

—Después vuelve pronto. No te vayas a tu pabellón. Si quieres llorar, no te sientas avergonzado por ello, y ven a llorar a nuestro lado.

Se llevaban el cadáver.

Jim Caine no era un hombre valeroso en tales trances. Se quedó allí, sentado junto al lugar donde tantas horas estuvo su hijo muerto, donde estuvo su mujer tantos años antes.

Después apareció Merle, le apretó la mano, le pasó los dedos por el pelo, y dijo bajo:

—Quiero estar contigo, papá.

Jim Caine extendió el brazo, y sin mirarla ni pronunciar palabra, la atrajo hacia sí, la apoyó en su costado y la retuvo contra su cuerpo.

—Llora —dijo al rato—. Llora, Merle. Eso consuela un poco.

Cuando Rex regresó, aún estaban allí. Se aproximó a ellos, los asió de la mano y los sacó de la sala.

—Hay que resignarse —dijo con voz fuerte, muy rara—. Hay que pensar que nada conseguiremos con lamentar lo ocurrido. Los tres lo sabíamos. Los tres teníamos que esperar este momento. Con llorar no vamos a devolver la vida a Tom. Vamos al salón. Sintámonos valientes, padre. Y tú, Merle, no llores más.

Ambos le siguieron dócilmente.

Al cabo de dos meses de vivir como en el aire o enterrada, en contraste, como en una fosa sin luz ni aire, Merle habló con su suegro.

—No tengo hijos ni marido —dijo—. No puedo continuar aquí.

Rex estaba allí. Vestido de negro. Austero, grave, con aquel su continente que imponía.

—No podrás marchar —dijo antes de que su padre contestara—. Le he prometido a Tom que seguirás con nosotros. Yo tengo un viaje pendiente. No sé el tiempo que tardaré en volver. No dejes solo a papá.

—No quiero ser una carga —susurró ella, cohibida.

—Eres un consuelo —dijo Jim, asiendo sus dos manos y oprimiéndolas entre las suyas—. No cometas la crueldad de dejarnos.

Merle se quedó.

XIII

Supo que se marchaba de viaje, porque vio las maletas en el vestíbulo, unas sobre otras. Mimi andaba por allí, y ella le preguntó:

—¿Quién... quién se va?

—Rex —dijo Mimi suavemente, mirándola con aquella ternura con que dos meses antes miraba a Tom—. Se marcha de viaje por mucho tiempo.

—¡Ah!

Vestía de negro. Una falda estrecha, una blusa de seda natural y una chaqueta de punto de lo más sencillo.

Caminó por el vestíbulo como si le pesaran los pies. Y fue al cruzar el umbral, cuando una doncella se le aproximó:

—Señorita Merle, el señorito Rex le ruega que pase usted por su despacho.

Tuvo como un sobresalto, pero giró en redondo y se encaminó al otro extremo de la casa, donde Jim tenía su despacho particular.

Al alzar los dedos para llamar, asustada, notó que le temblaban perceptiblemente.

Dudó una fracción de segundo, pero luego... llamó.

—Pasen.

Y antes de que ella pudiera empujar la puerta, esta se abrió y apareció la alta y rígida figura vestida de negro de un Rex inexpresivo y grave.

—Pasa —repitió, al tiempo de asirla de la mano y cerrar la puerta tras ambos.

—La doncella me dijo...

—Sí, siéntate.

—Te vas.

—Sí.

—Por... mucho tiempo —dijo sin preguntar.

—No lo sé. Hace bastante tiempo que tengo pendiente unas vacaciones. Creo que este es el momento de tomarlas.

—Te comprendo.

—No totalmente, Merle. No te he llamado aquí para decirte esto... que tú ya sabes y que sabemos todos los humanos. Por desgracia, los muertos se olvidan pronto, o, por lo menos, aunque no se olviden, pasan al segundo término de nuestros recuerdos. Y es algo tan humano, que jamás se podrá evitar.

Hizo otra pausa.

Merle, como desfallecida, se dejó caer en un sillón. Rex se sentó junto a ella, a medias en el borde de la mesa, con una pierna colgando.

Tenía la pipa entre los dedos, y de vez en cuando, nerviosamente, él, que nunca dio muestras de dejarse dominar por los nervios, la agitaba y a pequeños intervalos la llevaba a los labios. Fumaba afanosamente, como si aspirar o expeler el humo fuera un desahogo.

Al mismo tiempo movía el pie colgante. Lo hacía con ritmo acelerado, lo cual denotaba su agitación. Merle se preguntó qué podía ocurrirle, qué tendría que decirle antes de marcharse para que un hombre tan sereno, ecuánime y dueño de sí, se agitara de aquel modo.

—Merle, voy a hacerte una pregunta. No me contestes en seguida. No estaría bien que lo hicieras sin saber lo que respondes. Dime, antes de morir... ¿Te dijo algo especial tu marido?

Ella parpadeó. Le hurtaba los ojos. No era capaz de fijar los suyos en aquellos otros. No lo fue en vida de Tom, cuanto más a la sazón, en que él no existía.

—No... no te entiendo.

—Algo referente a ti y a mí.

—¿A ti... y a mí?

—Tom me pidió que, una vez muerto, me casara contigo.

Así, como un pistoletazo. Como si no pudiera decirlo de otro modo, como si se detuviera a meditarlo, o no pudiera decirlo.

Merle estaba temblando. Tenía los ojos bajos y las dos manos cruzadas en el regazo, una apretada contra otra, con nerviosismo manifiesto.

—¿Te lo dijo?

—No... tomé en cuenta aquello.

Rex bajó de la mesa y dio algunas vueltas por el despacho. De súbito, ella notó que se detenía a su lado.

—Te lo dijo —murmuró roncamente—, como a mí.

Ella apretó los labios.

—Merle...

La joven no se volvió.

—No temas, Merle —dijo Rex, con acento indefinible—. No es preciso que me expliques nada. Me hago cargo de todo, y de cuanto Tom te dijo antes de morir, como me lo dijo a mí. Yo le he dado palabra de casarme contigo —añadió con deje extraño—. No hice una promesa heroica, Merle. Tú y yo lo sabemos, lo supimos desde un principio, que podríamos tolerarnos.

—¡Oh, no, cállate!

—¿Qué importa callar? ¿Acaso no está dicho todo? No temas, no voy a ir a tu lado para confirmar nada de cuanto siento. He respetado y respeto a mi hermano. Por eso me voy. Es demasiado suplicio para mí vivir cerca de ti y tan lejos a la vez. Cuando vuelva... te pediré que seas mi mujer, y el recuerdo de Tom no será, por suerte o por desgracia, más que un celaje lejano en el recuerdo, un ser al que todos hemos querido.

—Te pido que te calles.

—¿Callar serviría para evitar los pensamientos?

No. Ella ya lo sabía.

—Acabo de decirle a mi padre lo que ocurre. No necesito preguntarte si me aceptas —dijo con una crudeza que a Merle le pareció cruel—. Los dos sabemos lo que sentimos el uno por el

otro desde que Tom nos unió. Luchar contra ello es luchar contra un enemigo invisible y poderoso, que te acecha continuamente desde la oscuridad.

—No quiero... —le faltaba el aliento—, no quiero... que digas eso. Me muero de dolor y de vergüenza. Me siento humillada y sola, y no puedo mirar cara a cara al pasado, porque tú... tú... —alzó la mano y la pasó por el cabello— tú siempre estuviste interpuesto entre los dos.

* * *

Rex avanzó despacio. Tenía la pipa entre los dedos y de súbito se detuvo junto a la ventana y la sacudió.

Un acre dolor, aquel que ella ya conocía, se esparció por la estancia. Rex depositó la pipa en el marco de la ventana y se volvió a medias hacia ella.

—No voy a hablarte de amor, Merle —dijo gravemente—. No me callo por ti ni por mí, sino por el recuerdo de Tom. —Una risa sardónica pareció cortar como un filo el ambiente. Aquel silencio que siguió a sus palabras, fue como un presagio—. Es estúpido que a los años, y con los que tengo de vuelo, me haya ocurrido esto. No creo en el flechazo ni en los grandes amores. Puedo recitarte un párrafo de Stendhal —añadió sarcástico, como burlándose de sí mismo—. «El amor es como una deliciosa flor, pero es preciso tener el valor de ir a cogerla al borde del mismo precipicio». Yo nunca sentí el amor hasta el punto de arriesgar me. No soy un sentimental, ni un romántico, ni siquiera un idealista. Para mí, el amor tiene la realidad de un placer físico y un goce espiritual entremezclados. No concibo lo uno sin lo otro. Apareciste tú en mi vida —añadió con cierta sequedad inhumana— y pensé que de buena gana hubiera bajado hasta el fondo del precipicio, para asir aquella flor. Si esto ocurrió en vida de tu marido, mi hermano, ¿qué puedo hacer para evitarlo ahora que él no existe?

—No quiero... hablar de eso.

—Quieres —cortó, acercándose más a ella—. Quieres, porque tu espíritu lo necesita.

Ella se agitó parpadeante.

—No eres fuerte, Merle, ni yo lo soy. Y lo curioso del caso —dijo riendo, como si se desdeñara a sí mismo— es que siempre creía que lo era de modo inconmensurable. Soy débil ante un sentimiento de esta índole, y marcharme ahora, cuando podía vivir junto a ti, queriéndote tanto, me cuesta. No puedo, no obstante, dejar de decirte esto. No sería humano si de repente huyera sin advertirte que a mi regreso te pediré que seas mi mujer.

—Me... me... olvidarás —dijo ella, con un hilo de voz.

—No soy hombre que olvide. Para el amor, verdadero, el que siento, el que palpita en mí, soy constante como una criada fiel como Mimi. Y es absurdo que, pese a mi orgullo, a mi hombría, a mi dignidad..., me case con la mujer que fue esposa de mi hermano. Pero es que hay cosas más fuertes que la voluntad del hombre, y esta es una de ellas.

—Tú no me amas. Solo... solo...

Tenía rubor en el rostro y los ojos parpadeantes, y el seno oscilaba de forma precipitada.

Él desvió los ojos.

Era demasiado real para huir de aquella atracción. Giró sobre sí mismo y quedó de espaldas a ella.

—No hay amor sin deseo —dijo con crudeza—. Tu posesión es algo obsesivo, porque te quiero. Tu amor es la aspiración absoluta de mi vida. Puedes pensar que me he visto estúpido, yo, que apenas miro a las mujeres, más que en el momento preciso en que me interesan para mis fines... Tú eres diferente. —Se volvió de súbito. La saeta de sus ojos tenía como un destello vivo, ardiente—. No me servirías para un día o una semana. Te necesito para toda la vida.

—Tu... tu hermano nunca me habló de ese modo.

—Mi hermano era un ser espiritual. Yo soy de este mundo, piso tierra firme y doy un valor especial a cada cosa que me interesa. Ya sabes lo que siento. No sería capaz de tomarte para hacerte sufrir. Tendría que ser para toda la vida. Para adorarte como un loco hambriento y para admirarte como una reliquia. Ahora que ya lo sabes, que sabes todo cuanto mis ojos te dicen, vete. Te besaría —añadió tras una breve pausa, durante la cual, ella no se movió—, pero no debo hacerlo. Si rozo tus labios, estoy seguro de que jamás podría realizar el viaje solo. Tendría que casarme contigo ahora y no puede, no debe ser.

—Estás... estás... seguro de mis sentimientos.

—Como de los míos. Tengo demasiadas horas de vuelo para que algo tan verdadero y mío me pase inadvertido. Vete, Merle. Te escribiré, o quizá no lo haga. Si durante el tiempo que dure mi ausencia, tu interés por mí se apaga, dímelo antes de que regrese.

—Te resignarás.

—No —rotundo—. Nunca. Hay una meta trazada en mi vida. Si viviera Tom, me hubiera ido para no volver. Muerto él, la meta es más clara, más precisa y la tengo al alcance de la mano.

—No te duele que haya querido a Tom.

—Me duele —gritó fieramente, como si pretendiera impedirle hablar— como si me retorciera las entrañas. Pero ni siquiera eso puedo salvar. Saltar por encima de esa tortura, no es posible.

Y sin decir otra palabra, se dirigió a la puerta y la abrió de par en par.

—Vete. Ya te lo he dicho todo.

Merle dudó un segundo.

Se sentía tan aturdida y fuera de lugar, que solo supo caminar hacia adelante y pasar bajo su brazo. En el momento de pasar, Rex dejó caer el brazo. Sus dedos nerviosos, cálidos, cayeron sobre el femenino. Ella lo miró. Sus miradas se cruzaron durante un segundo.

La mano de Rex resbaló por el brazo femenino. Como si se arrastrara, como si aquel contacto le causara dolor, y a la vez un goce indescriptible. Cuando sus dedos llegaron a la mano femenina, la apretó. Fieramente, cálidamente a la vez. Un segundo o un siglo con los ojos fijos unos en otros y los dedos enlazados, con esa fuerza que impone la renuncia.

Después los soltó.

—Vete —pidió, roncamente—. Vete... Cuando regrese... Cuando regrese...

La empujó.

Cerró la puerta tras de sí.

Quedó rígido en mitad de la estancia. Tenía la vista turbia y los dientes fuertemente apretados.

Por el vestíbulo, Merle caminaba tambaleante. Sí, ya lo sabía. Era más fuerte que todo, aquel sentimiento de él, nacido no supo cuándo. Más fuerte que el recuerdo de Tom, más fuerte que su voluntad, más fuerte que la vida misma.

Se asustó.

XIV

La voz de Merle, tenue y ahogada, se extinguió.

Irma, que se hallaba a pocos pasos, sentada en un cómodo sillón, se puso rápidamente en pie y fue a acomodarse a los pies de Merle, en un mullido cojín.

—Merle, esto es lo que debiste sentir para casarte con Tom.

—Olvídate de Tom. Está muerto. Ya nadie podrá resucitarlo. He sentido hacia él una profunda ternura. Esto es distinto... Esto es como... No me mires así, Irma. No te asustes ni te asombres. Estás casada y amas a tu marido, gozas a su lado, sufres con él, lloras con él, si hay que llorar... Esto que yo siento es como un desgarramiento que produce dolor y placer al mismo tiempo. Hace seis meses que Tom murió... Cuatro, que Rex se fue. Escribe cartas. Breves, concisas, pero que dicen... dicen miles de cosas. Es un hombre real y tiene del amor un concepto muy particular.

—El que todos tenemos.

—No. Yo misma no comparto su criterio respecto a ello. Para él, el amor material es como una necesidad. El espiritual es algo secundario. Para él, cuentan los sentidos.

—Bajo eso, siempre hay algo más. Robert es igual. Los hombres no sienten con la misma pureza. Son más fuertes en sus sentimientos y los materializan porque lo necesitan a la vez.

—Ello me inquieta. Para mí es nuevo todo esto. Es lo que siempre añoré sentir. Es como si fuera a morirme, si eso me faltara.

—Sí, Merle. Así tuviste que amar a Tom. Así es el amor. Pero ten cuidado. El deseo muere pronto. Se sacia y desaparece. Todo depende de lo que se ponga en ello. El espíritu que imprimas en cada manifestación de tu amor.

—No vale que yo lo haga, si para Rex es... una necesidad tan material.

Irma rio.

Era una risa feliz y burlona al mismo tiempo.

Se puso en pie y fue a tomar un cigarrillo de la caja de laca.

—¿Quieres? —preguntó.

Merle asintió con un breve movimiento de cabeza.

Fumó despacio. Irma se sentó a medias en el brazo de un sillón y balanceó un pie.

—Los hombres, Merle, huyen de sensiblerías, y lo curioso es que, a la hora de la verdad, son unos sensibleros. Rex, por muy fuerte, poderoso y seguro de sí mismo que se sienta..., no puede escapar a la verdad que sienten todos. Es como los demás. A la hora de amar, solo viven para la mujer amada.

—En su última carta dice que regresará dentro de tres meses.

—¿Qué dice tu suegro a todo eso?

—Habla del próximo matrimonio entre Rex y yo como antes habló del de su hijo menor. Es bien cierto eso de que los muertos... solo son muertos, Irma, seres que fueron y que solo dejan una estela de débiles recuerdos. Sé que Jim lo tiene presente en su pensamiento y en su corazón, pero es un ser humano, con una humanidad verdadera, y da a las cosas su nombre. Los muertos están fríos y no pueden hablar ni sentir. Los vivos tienen derecho a seguir viviendo y gozando.

—Y ello te abruma.

—Ello me inquieta. Solo eso. Para mí, Tom fue un hombre que no me produjo ninguna inquietud. En cambio, Rex me turba y me inquieta y me abruma.

Consultó el reloj y súbitamente se puso en pie.

—Tengo que irme. Jim me estará esperando. Quédese de ayudarme a solucionar no sé qué asuntos relacionados con la fábrica.

—Debes ser muy importante para Rex, puesto que teniendo tanto trabajo, se fue de viaje.

—Jim se lo pidió. Me lo dijo el otro día. Buscó un hombre competente que ocupa su lugar... Te aseguro que si lo de Rex por mí no fuera tan hondo, jamás se hubiera ido. Jim lo comprendió así y fue el primero en indicarle el camino.

—Estás sensitiva, Merle.

La joven se arrebujó en el abrigo.

Estaba linda. Más linda que nunca, dentro de aquel atuendo de invierno. De una sensibilidad subida, a juzgar por el perceptible temblor de sus labios y el suave parpadeo de sus ojos.

Irma, que la observaba, exclamó riendo:

—Así es como yo te imaginaba.

Merle se ruborizó.

—Así, Merle. Anhelante, sintiendo de verdad esa intensidad. Trémula hasta para contarme a mí lo que dice Rex en sus cartas. Te imagino cuando recibes una y te vas a tu cuarto a leerla.

—Calla, calla...

—¿Te das cuenta? Ahora es cuando vas a vivir el amor.

—Irma, no me inquietes más.

—Ahora vas a saber de verdad lo que es un hombre. Tom pasó por tu vida como un soplo, le compadeciste más que le amaste.

—Le quería.

—Una defensa débil, querida Merle. Lo verás por ti misma cuando te cases con Rex... Lo que nunca pensé fue que un tipo como Rex, se casara con una chiquilla inexperta como tú.

—Adiós.

—Espera, mujer.

—Jim me aguarda, y por otro lado, tú me hablas de un modo que me da miedo.

—Tengo experiencia... Siento un profundo amor por Robert. Nuestra vida en común no es una comedia. Es, por el contrario, una realidad y la vivimos con intensidad, hasta la adoración.

—¡Oh, Irma!

—Anda, sensitiva. ¿Qué te has creído? ¿Que una mujer como tú, podía pasar por la vida sintiendo un cariño fraternal lleno de compasión?

Huyó de ella. Tenía el auto a la puerta y subió a él un poco temblorosa.

Tenía razón Irma.

El amor era algo terriblemente atrayente. Los días que se contaban, las horas que resultaban monótonas lejos del ser amado. Las cartas que decían tan poco, y sin embargo, se leían con avidez...

Las noches en blanco, turbada por los recuerdos y las inquietudes. Las cartas leídas una y mil veces...

Le parecía que volvía a tener diecisiete años y sentía aquel amor por Larry. ¡Larry! ¡Qué lejos quedaba todo aquello!

Frenó el auto ante el palacete. Jim se hallaba en la terraza, como esperándola.

—Papá.

—Te esperaba, pequeña —gritó, feliz.

Merle corrió escalera arriba y se colgó de su brazo.

Jim la atrajo hacia sí y la besó en el pelo.

—Tienes carta de Rex...

—¡Oh!

—La dejé en tu cuarto... Mejor dicho, la dejó Mimi. ¿Sabes que Mimi está contenta? En esta casa, Mimi es como un pilar. Todos deseamos que comparta nuestras satisfacciones. Y las aprueba.

—Perdona, papá. Voy a leer la carta... Luego bajaré.

—El administrativo me ayudó a arreglar aquellos asuntos pendientes. No te preocupes por mí. Me voy al club. Lee la carta.

—¿Tú no has tenido?

—Sí. Dice que vendrá pronto.

Corrió escalera arriba. La carta se hallaba sobre el tocador.

«Queridísima...».

Siempre empezaba así. Después decía cosas. Un montón de cosas que ella leía ávidamente y las reflexionaba después y volvía a leerlas.

«Pronto estaré contigo. Tengo todo dispuesto... para casarnos».

Así.

Como si Tom no hubiera existido, y, sin embargo, ella sabía que vivía en el recuerdo de todos. Pero no como un ser vivo que va a volver, sino como un ser muerto que pasó por la vida dejando una estela de ternura. Un ser que no podría volver ni privar a los demás de ser felices.

XV

Se lo dijo míster Caine.

Era un día de crudo invierno.

Llovía torrencialmente y hacía frío. Merle se hallaba tras el ventanal, con la frente pegada al cristal, mirando absorta el agua que al golpear en la grava, levantaba espuma.

¿Cuántos meses hacía que Rex se hallaba ausente? Casi un año. Era como si se gozara en hacer más larga la agonía de la espera. Cartas y cartas recibidas, a las que ella contestaba brevemente, sin decir nada en concreto. Tampoco él decía gran cosa en las suyas. Era como si tuviera miedo a decir cuanto sentía y ser enjuiciada su expansión.

Como si tuvieran ambos una cerradura en sus dedos al escribir, y se crisparan antes de expansionarse.

Aquella mañana, su suegro regresó muy temprano de la oficina. Parecía eufórico y feliz.

—Merle, Merle —entró llamando—. Merle...

Ella salió de la salita y se encaminó al vestíbulo.

—¿Qué ocurre, papá?

—Rex llega hoy.

Así. Como si no dijera nada y... ¡Cuánto significaba la noticia! ¡Rex llega hoy!

Era como un deslumbramiento.

—Llega en el avión de las siete quince. Ya será de noche.

Sacó un telegrama del bolsillo, sin que ella pronunciara palabra.

—Mira, lo dice aquí. Acabo de recibirlo. —Y sin esperar respuesta—: ¿Irás tú a esperarlo?

¿Ella? ¿Con su turbación? ¿Con su timidez?

Nunca fue tímida y, sin embargo... Era extraño. Pensando en Rex, sentía una timidez indescriptible, una turbación rayana a la ridiculez.

—¿No me dices nada, Merle?

¡Podía decir tantas cosas! Miles, montones de ellas.

Le daría vergüenza decirlo.

—¿Irás, Merle?

—Sí —susurró—. Sí, claro.

—Son las seis. Los caminos son malos hasta el aeropuerto. Está lloviendo. Será mejor que salgas con tiempo.

—Sí.

—¿Quieres que vaya el chófer contigo?

¿Un testigo? ¡Oh, no! Prefería ir sola, si es que tenía que ir, y tenía. Lo sabía bien.

—Merle, te has quedado tonta...

Ella no sabía dónde meter las manos. Pensó con ansiedad: «Soy tonta, en efecto. Parezco una novia que no sabe lo que es un novio, y ya estuve casada».

¿Casada?

¿Estuvo ella realmente casada? ¿Qué sabía ella de los hombres? Un Tom amante, pero triste siempre, cansado, indeciso, y ella cuidándole como una hermanita de la caridad.

Suspiró hondo.

Miró ante sí. Vio a Jim que la observaba en silencio, y de súbito, como una criatura desvalida, corrió hacia él y se apretó en sus brazos.

—Papá.

El caballero alzó una mano, y mientras con la otra la sujetaba, le acarició el pelo.

—Muchachita sensitiva —susurró—. Muchachita...

Se abrazó a él. Jim sonrió tibiamente.

—Eres muy sensible, Merle. Mereces ser feliz.

Y luego, apartándola de sí, buscando los ojos que tímidos se le hurtaban:

—Anda, ve a cambiarte de ropa. No vas a ir al aeropuerto con esos pantalones. Ponte bonita.

Vas a esperar a tu novio...

—¡Oh, papá!

—Anda, Merle, anda...

Y la empujaba suavemente.

Echó a correr.

Llegó a su alcoba y jadeante se miró al espejo.

—Tengo arrebol en las mejillas —susurró— y temblor en los labios, y un loco anhelo aquí, aquí... —llevó las manos al pecho—, parece que se me desgarrara y que todo rueda en torno a mí. Nunca sentí esto. ¡Nunca!

Era cierto.

Tom fue para ella algo puro, impreciso... Rex era tan distinto.

Con celeridad procedió a cambiarse.

Se miró un segundo.

Sonrió. Era una sonrisa tibia, turbada.

Como si tuviera miedo de perder tiempo, asió el bolso y echó a correr.

Jim ya no estaba en el vestíbulo. Pero estaba Mimi. Con su uniforme negro de cuello blanco y un manojo de llaves colgadas a la cintura.

—Voy a buscar a Rex, Mimi —gritó con tembloroso acento—. Voy a buscarlo, llega ahora. Dentro de media hora escasamente.

Era como si dijera: «Voy a buscar al mundo porque todo es mío y soy infinitamente feliz por ello».

Mimi la envolvió en una larga mirada.

—Anda, loca —gruñó con ternura—. Anda, que vas a llegar tarde. No conduzcas muy aprisa. Piensa en lo que vas a buscar.

Sí, claro que lo pensaba. Aunque quisiera no podía pensar en otra cosa.

* * *

Estaba allí, agarrada a los barrotes de la valla.

La gente se movía en torno. Seguía lloviendo, pero nadie parecía enterarse de ello. Bajo sus paraguas miraban a lo alto. Llegaban aviones a cada instante. El que procedía de Nueva York, no acaba de aparecer.

Alguien dijo junto a ella:

—Es ese.

Ella sintió cómo las piernas le temblaban, y los pulsos y las sienas... Miró a lo alto.

Un pájaro pardo se hacía cada vez más preciso. Daba vueltas y bajaba muy despacio, zumbando fuertemente.

—Ya llega el avión de Nueva York.

Ella apretó las manos en los barrotes. El agua las empapaba. El paraguas apenas si las cubría, porque lo sujetaba con el brazo y se ladeaba.

El avión tomó tierra. Pusieron la pasarela.

Todo el mundo se movía.

—Mira, mira quién llega —dijo alguien a su lado—. Es un artista de cine.

Ella no miraba.

Esperaba con anhelo, puestos los ojos en la portezuela del avión.

Una viejecita asida del brazo de un caballero también mayor. Una muchacha joven, muy pintada. Un hombre alto y esbelto, al que los *flashes* enfocaban.

Después, él.

Alto y erguido. Envuelto en un abrigo azul marino. Con el flexible del mismo color en la cabeza.

Un maletín de piel en la mano y la mirada ávida, buscando algo.

Ella agitó la mano. Pero había demasiada gente. Rex no la vio. Parecía desilusionado. Lo vio descender totalmente y torcer hacia la izquierda.

Ella quiso saltar la valla. Pensó que tenía fuerzas para hacerlo.

«Es terrible —pensó asustada—. Nunca sentí esto... ¡Esto!».

Corrió hacia la izquierda. El paraguas le cayó al suelo. Alguien se lo recogió y se lo puso entre los dedos.

—Gracias —dijo sin mirar.

—Lástima no ser el propio paraguas —dijo una voz varonil.

¡Qué loco!

¿Qué decía?

Se alejó de allí.

Vio a Rex caminar con un maletero cargado de maletas. Y entonces fue hacia él. Ya no iba corriendo, sino a paso corto, tímida, cohibida.

Él la vio. Se detuvo y después de un titubeo, echó a andar de nuevo, más presuroso.

Ella se agitó.

—Hola, Rex...

Así. Como si se vieran el día anterior. Como si no tuvieran un montón de cosas que decirse.

Él la miraba. Cegador. Como un hambriento que se pasa días y días sin comer, y de repente tiene ante sí los más ricos manjares.

—He vuelto —dijo a lo tonto.

—Ya, ya... —dijo ella, con un hilo de voz, parpadeante—. Ya te veo.

Rex le pasó un brazo por los hombros. Era mucho más alto. A su lado, la muchachita era una poca cosa. Muy bella, muy elegante, muy femenina, pero a su lado solo una cosa.

Pero él sabía qué clase de cosa.

Instintivamente, la atrajo hacia sí. Empezó a caminar con ella, detrás del maletero.

—Estás... más guapa.

Era una frase.

Pero él y ella sabían que tras aquella se ocultaban miles de frases. Emotivas, distintas...

—He traído el auto.

¿Sí?

Era una interrogante tonta.

Era de suponer que tendría que haber llevado el auto.

—Maletero —dijo Rex—. Síganos. Tenemos el auto aquí.

—Sí, señor.

Caminaban.

Él le apretaba el hombro, mucho, como si tuviera miedo perderla. Y sus dedos, como si nada hiciera, le acariciaban el hombro. Ella contenía el aliento. No sabía qué le pasaba. El corazón le palpitaba. Él reía. Con una risa íntima, distinta a la de Rex Caine, el hombre enigmático que nunca se sabía lo que pensaba.

—¿Qué tal, papá?

—Muy bien.

Sus dedos seguían acariciándole el hombro. Era una caricia suave y casta, llena de ternura.

No sabía qué decir.

Sentía más respeto y más timidez que nunca, y aquellos dedos posados en su pelo, producían un no sé qué.

—Estás temblando...

—No..., no...

—Chiquilla...

El auto estaba allí. Rex tuvo que separarse de ella para ayudar al maletero.

Cuando todo estuvo dispuesto, pagó, y el maletero se fue, dando las gracias.

Todos los autos se movían. Todo el mundo hablaba a la vez. Casi nadie se daba cuenta de que seguía lloviendo.

Los autocares del aeropuerto, en dirección al centro de Boston, desfilaban a lo largo de la carretera cercana a la valla.

—¿Conduces tú? —preguntó ella, quedamente.

Algo flotaba en el ambiente que ellos respiraban. Algo intensísimo, de lo que ambos pretendían escapar sin conseguirlo. Como una emoción indescriptible, recopilada, doblegada, que escapaba sola en cada frase y en cada mirada.

Rex la empujó suavemente hacia el auto.

—Lo hago yo —dijo en el mismo tono.

Cerró el paraguas y se deslizó dentro del vehículo. Lo puso en marcha, pero al cambiar de primera a segunda, sus dedos se deslizaron hacia la mano femenina.

Fue como una caricia delicada. Se prendieron los dedos. Se oprimieron. Un largo rato así. Después, los dedos masculinos, como ansiosos, se deslizaron de los femeninos, que, al quedar vacíos, parecían lacios, y los de Rex subieron, como si nada hicieran, hasta el brazo femenino y quedáronse así inmóviles.

—Estás helada —dijo, bajo—. ¿Tienes frío?

Tantas cosas como tenían que decirse y no sabían decirse nada.

No era extraño en ella, que se hallaba ante el amor por primera vez. Pero sí en él, que tantas horas de vuelo tenía, que tanto sabía de mujeres, que tan audaz era para ellas.

El auto corría. Los dedos de Rex seguían acariciándole el pelo. Sus dedos presionaban y volvían a bajar o a subir.

Ella no respiraba. No podía decir nada ni hacer nada. Estaba muy quietecita...

XVI

De súbito, en un paraje solitario, él detuvo el auto.
—¿Qué... qué haces?

Le temblaba la voz.

Una voz suave, emotiva, ahogada.

Él rio.

Era su risa. La risa del hombre que va perdiendo rigidez, que sabe lo que quiere, que lo va a conseguir.

—Mirarte.

—Papá nos estará esperando...

—Sí.

Pero no puso el auto en marcha.

—Está lloviendo —dijo ella, aturdida.

Rex asintió con la cabeza.

Ya estaba allí, inclinado sobre ella, tomándola por los hombros, apoyándole la cabeza en el respaldo del asiento.

Buscó sus ojos.

Merle empezó a parpadear.

No sabía qué sentía. Una emoción honda. Hondísima, dentro del pecho, y una ternura extraña en todo el ser. Y un palpitar en sus sienes, como si fueran a estallarle, y a la vez una emotividad recopilada en el pecho, tan honda como el temblor de sus labios.

Él volvía a reír.

Era su risa íntima, grata, como si lo dijera todo, o no hubiera nada que decir.

—Estás emocionada —susurró él.

—Sí, sí —admitió Merle, bajísimo.

Rex le quitó el gorrito. Contempló absorto sus brillantes cabellos.

—Me gusta tu pelo —dijo—. Me gusta...

—Rex...

—No hables. ¿No eres feliz estando junto a mí?

—¿Qué haces? —musitó ella temblorosa, sin saber qué decir.

—Te quito el gorro.

Y después de esparcirle los cortos cabellos, le fue demarcando cada facción con la yema de los dedos. Después la besó en los labios, despacio, sin lastimar.

Él se separó y buscó sus ojos.

—No te pintes más los labios —pidió bajo, mirándola largamente—. Por favor, no.

—Siempre... lo hice.

—Pero ahora vas a ser mi mujer.

¡Su mujer!

Era como un deslumbramiento.

—Me gusta besarte —dijo, roncamente—. Me gusta tu timidez y la hondura de tu mirada y tus labios puros.

—Has de morir —dijo ella a lo tonto.

—En tus brazos. Borracho de tu ternura.

—No... no sé si soy tierna.

Lo dijo con un hilo de voz. Le daba vergüenza que él supiera que lo era.

Rex rio.

Tenía aquella risa. Una risa íntima que decía un montón de cosas.

Empezó a besarla otra vez. Con cuidado. Como si temiera lastimarla e iba a hacerlo en el futuro sin darse cuenta.

La besó en los ojos, y ella parpadeó.

En la frente, y ella se estremeció. Sus labios fueron resbalando, y se quedaron quietos en la mejilla como una veneración. Rex era así, adorable y a ella le llegaba al fondo del alma.

Fue como una revelación.

El hombre era distinto. ¡Sí! Tenía una personalidad posesiva y a la vez una ternura que calaba como su mirada.

No podían dejar de mirarse.

No era posible.

Las manos de Rex se perdían en sus hombros. La contemplaba con arrobó, como si la conociera en aquel instante.

Ella no pudo más.

Solo hizo lo que el cuerpo y el alma le pedían, confundidos ambos en el mismo anhelo. Alzar los brazos y como perezosa pasarlos en torno al cuello masculino con aquella ternura suya tan inefable.

—Dices que no eres emocional.

—A tu lado tengo que serlo.

Un siglo o un minuto.

—¡Rex!

—¿Me quieres?

—Te quiero.

—Sin rencor, por haberte molestado alguna vez.

Como si eso pudiera recordarlo.

Era maravilloso todo aquello.

Tenía razón Irma. O se siente el amor así, con el alma, o no se siente.

Ella lo sentía por primera vez. Fuerte, como si todo lo demás dejara de existir.

—Vamos —susurró, no obstante—. Vamos. Estamos retrasándonos mucho.

—Nadie puede robarme este instante —dijo él.

Y sus dedos al oprimir los suyos, parecían elevarla a una veneración infinita.

No hacían daño ni pecaban. Parecían no rozarla, y sin embargo, ella los sentía en sus manos y se estremecía.

—Rex...

—Sí, dime...

—Vamos.

—¿No quieres estar así... conmigo?

—Papá...

Él volvió a reír.

Era lo que más tenía como atractivo personal. Aquella risa, aquel mirar, aquel venerarla como si no hiciera nada. Ni siquiera al quererla tanto y demostrarlo, perdía su enigmática personalidad.

—Vamos —dijo, soltándola con nostalgia—. Vamos, sí.

El auto empezó a correr otra vez. Ella ya no tenía rictus amargo en los labios.

* * *

Nadie al verlos tan serenos, tan dueños de sí mismos, hubiera imaginado la ternura vivida en plena carretera.

Rex, con su inconmensurable personalidad. Ella, tímida a su lado, frágil, femenina y bonita, con los ojos parpadeantes.

Jim corrió hacia su hijo.

—Muchacho...

Lo abrazó con ansia. Rex parpadeó por primera vez. No era un hombre emocional, y, sin embargo, en aquel instante, abrazado a su padre, sintió como un nudo en la garganta.

—Muchacho.

—Hola, papá.

Mimi se acercó también, pero antes de besar a Rex, dijo al oído de Merle:

—Te han llamado por teléfono.

—¿Irma?

—No. Era un hombre.

¿Un hombre? ¿A ella?

¿Quién podía ser, si no conocía a más hombres que Rex, Jim y los amigos que jamás la llamaban por teléfono?

—Llamó tres veces —dijo Mimi. Después, miró a Rex—: Muchachote, qué guapo estás.

Rex la levantó en vilo. La besó en ambas mejillas.

—Madrecita Mimi —susurró—. Madrecita Mimi.

La anciana lloraba.

A través de las lágrimas vio a Merle pensativa, no lejos del grupo. Después que besó a Rex y lo dejó junto a su padre, volvió a acercarse a Merle.

—¿Qué piensas?

—No lo sé. ¿Quién pudo llamarme?

—Dejó un número para que llamas tú cuando pudieras. Lo tienes en la mesa del despacho.

—Excúsame con Rex. Volveré en seguida.

Se deslizó hacia el salón.

Rex y su padre, asidos del brazo, entraban también en la casa. Ella llegó al despacho y miró el número.

«No conozco este número».

Se alzó de hombros y lo marcó.

En seguida contestó una voz masculina, gangosa, con deje irónico.

—Diga.

—Soy Merle Dee. ¿Quién desea hablar conmigo?

Un silencio.

—¿Quién? —se impacientó.

—Hola, Mer.

¿Mer? ¿Cuánto tiempo hacía que no la llamaban así? Desde la muerte de su madre y la fiel criada.

—¿Quién es?

—¿Tan poca memoria tienes que ya no recuerdas a los amigos?

—Dígame. No tengo idea de quién puede ser... Ni idea.

—Me llamo Larry. ¿Lo has olvidado?

Como si un trallazo le diera en plena cara, así palideció y quedó inmóvil con el auricular en la mano.

—¿Tú? ¿Tú? —casi gimió—. ¿Qué quieres?

—Poca cosa. Ya sé que te has casado con un rico financiero y que estás a punto de matrimoniar con otro.

—Oye...

—No te asustes —rio Larry, sarcástico—. No vengo a reclamar tu amor. Nunca me interesó mucho. Pero sí tengo que, verte —durísimo el acento—. Inmediatamente. Hoy mismo.

—¡No!

Y la negación salió como un grito agónico de los blancos labios de Merle Dee.

—Claro que sí. Te doy mi dirección. Calle...

—No.

—Está bien. Entonces me tomaré la libertad de visitar a tu futuro esposo. Tengo algo que darle. ¿Qué dirá al saber que a los diecisiete años visitabas a un hombre en cierta cabaña en la lejana carretera de Concord?

—No hubo nada entre los dos. Jamás tuve de qué avergonzarme.

—Por supuesto, querida... ¿Quién lo duda? Pero tus cartas... —una risita—. Hay que tener en cuenta lo que se escribe, mi vida. Ten presente que a los diecisiete años, las chicas son unas tontas y no se fijan en las comas ni en las expresiones. Eso suele costar caro.

—Eres un canalla.

—¿Quién lo duda? Pero ya me habitué tanto a serlo, que me tiene sin cuidado lo que el prójimo piense de mí. Te espero mañana a primera hora. No lo olvides. Ya sabes dónde estoy. Te espero.

Y colgó.

XVII

Respiró hondo, como si la vida fuera a faltarle en cualquier momento. No era posible que después de tanto tiempo apareciera Larry en su vida. ¿Qué deseaba de ella? ¿Por qué? ¿Por qué acudía, ahora que ella iba a ser feliz?

Pasó los dedos por la frente.

Fue apartándose de allí. Daba la sensación de que la mesa, el teléfono y cuanto había en aquel despacho le producía horror.

Tambaleante se dirigió a la puerta. Detúvose en el umbral.

¿Y si se lo dijera a Irma? No, imposible. Irma era una apasionada escandalosa. Armaría un jaleo, se lo diría a su marido y este trataría por todos los medios de enfrentarse con Larry, y conocía lo suficientemente a Larry para no ignorar que, además de ser un hombre peligroso, era un ser vengativo y cruel.

Tendría que solucionarlo ella. Sí, quizá fuera fácil.

Dinero... ¿Cómo no lo pensó antes? Lo que Larry deseaba era dinero.

Contó mentalmente lo que tenía.

Era una buena cantidad. Primero, Tom le dio una cantidad mensual para sus gastos, que ella nunca empleó. Después de muerto Tom, se la daba Jim. Ella nunca la quería, pero Jim se enfadaba, empeñándose en que lo cogiera, y ella tenía que tomarla. Sí, pagaría lo que le pidiera por aquellas cartas y el asunto quedaría solucionado.

¿No sería mejor decírselo a Rex?

Sería fácil.

«Rex, a los diecisiete años, cuando vivía en Concord, cuando era una simple estudiante, tuve un novio. Te aseguro, Rex, que nunca hubo nada entre nosotros, pero yo le escribí unas cartas, en las cuales daba la sensación de que era una loca apasionada y no lo era. Era, por el contrario, una romántica. Yo iba a ver a Larry a una cabaña que tenía en las afueras de la ciudad. Y en las cartas mencionaba esas vistas y me exaltaba, Rex, porque era joven y creía que el amor se sentía así...».

Pasó los dedos por la frente.

No, nunca se atrevería a decirle semejante cosa. Conocía a Rex. Era rígido y duro para juzgar las ligerezas y si bien ella no tenía ninguna que disculpar, porque no existía..., las cartas demostraban lo contrario.

Decididamente, lo que tenía que hacer era acudir a la cita y apoderarse de aquellas cartas, al precio que fuera.

—Merle... ¿Dónde estás?

Era la voz vibrante de Rex.

Pasó los dedos por la frente. Desarrugó el ceño y salió a su encuentro.

—Merle... ¿Dónde estás?

—Estoy aquí, Rex.

El hombre apareció junto a ella.

Entró y cerró la puerta.

—¿Qué haces? —preguntó ella, con un hilo de voz.

Rex se echó a reír. Tenía aquella risa... Una risa que lo decía todo. ¡Era tan distinto al hombre que ella conocía!

Él la amaba.

Sin decir palabra, sin apartarse de la puerta cerrada, por la cual ella pensaba salir, estiró la mano y apresó el brazo femenino. Así, con su hacer lento y suave, la atrajo hacia sí.

—Rex..., iba hacia el salón.

—Sí.

Pero no se movió de allí, ni hizo nada por abrir la puerta.

La rodeó con los brazos y la acercó apenas a su cuerpo. Era mucho más alto y tuvo que doblarse para mirarla a los ojos.

Merle sintió angustia. La que le proporcionaron las cartas que debía recuperar, y la que producía la presencia del hombre que era toda su vida.

—¿Estás triste? —preguntó él, levantándole la barbilla con el dedo.

—No..., no...

—Así me gusta. ¿Sabes que nos vamos a casar en seguida? En la intimidad, sin invitados ni amigos. Unos pocos íntimos y nosotros.

Hablaba casi sobre sus labios. Los rozaba de vez en cuando, y después, en silencio, sin que ella dijera nada, la besaba largamente en los labios, con aquella suavidad suya que entontecía un poco.

—Cómo eres, Rex —suspiró.

Rex era así. Acaparador y posesivo y al mismo tiempo enternecedor.

Cerró los ojos. Instintivamente se apretó contra él y alzó los brazos. Le rodeó el cuello con ellos.

—Merle...

—¿Nos casaremos pronto? —preguntó ella, a lo simple.

Él rio.

Era la risa íntima, suave, del hombre que sabe cómo ama y cómo es amado.

Empezó a besarla otra vez. Como si tuviera que irse en seguida y no tuviera el tiempo suficiente para besarla y temiera que ella fuera solo un espejismo y se esfumara. Pero era Merle y estaba allí cerca de él y le miraba con aquella ternura suya que era el alma misma.

—Rex...

—Cállate... Estamos aquí solos... Y sabemos lo que sentimos el uno por el otro.

—Es que...

—¿No quieres?

¡Oh, sí, quería!

Estar allí con Rex y sentirlo puro y recibir sus besos tiernos, y pensar que nada podría enturbiar su felicidad.

Se apretó contra él como si tuviera miedo, y para Rex aquella súbita entrega tímida, fue como un deslumbramiento.

Perdió un poco su habitual compostura de gran señor.

La apartó un poco.

—Eres tan fina... —dijo, reverencioso.

—Te lo parezco a ti —susurró ella, temblorosa.

Él rio. Aquella risa suya que parecía una caricia.

—Vamos, Rex —pidió bajo, desprendiéndose de él.

No quería, pero la soltó, y junto a ella se encaminó al salón, donde los esperaba su padre.

* * *

Pudo salir bien temprano sin ser vista.

Solo Mimi se hallaba en la terraza regando las plantas que vivían bajo el cobertizo de la terraza.

—¿Adónde vas tan temprano?

—A misa —mintió.

—Rex no tardará en bajar. Se levanta muy temprano.

¡Rex!

Lo evocó tal como estuvo a su lado la noche anterior, antes de irse a la cama. Perdidos ambos en la penumbra de la terraza, como dos ingenuos. Ella sentía una gran turbación. Solo en las tinieblas se olvidaba un tanto de su pesadilla, y pensando que Rex iba a ser su marido y la venganza de aquellas intimidades que llegaría a vivir a su lado le producían inquietud y sobresalto.

No podía remediarlo.

Rex la apasionaba y la imponía.

Se decía a sí misma:

«Tardaré mucho tiempo en desechar esta timidez, esta vergüenza que me embarga a su lado. Jamás sentí esta turbación. Pero es que Rex tiene una personalidad muy por encima de la mía, me anula, me subyuga».

—¿Tardarás mucho en volver, Merle?

¿Qué decía Mimi?

¡Ah, sí!

Alzó los ojos. Tenía el auto allí, estacionado junto al primer escalón de mármol.

—Una hora —dijo.

—Si baja Rex...

—Dile que pasará luego por la oficina a recogerlo.

—Está bien.

Subió al auto y lo puso en marcha.

Sus dedos apretaban con rabia el volante.

¿Y si fuera a ver a Irma y se lo contara todo?: «Ha aparecido Larry... Por lo visto, vende sus cartas. Mis cartas, ¿recuerdas? Aquellas que me obligaron a huir de Concord».

Pero, no.

Irma empezaría a hacer uso de su imaginación. Se lo diría a su marido, incluso pretendería decírselo a la policía, y se armaría un escándalo, y Rex pensaría que ella se casó con Tom sabiendo lo poco que iba a vivir, solo por ocultar una baja... y ella nunca tuvo nada que ocultar. Aquello tenía que solucionarlo ella sola.

Buscó las calles menos concurridas para llegar antes.

Media hora después, se hallaba ante la casa indicada.

Estaba dedicada a apartamentos y sabía dónde estaba Larry.

Estacionó el auto en el aparcamiento. Era temprano. Las calles estaban aún húmedas de la lluvia anterior, las escaleras manchadas de barro. Se perdió en el ascensor y apretó el bolso contra su pecho. Llevaba mucho dinero allí. Todo lo que poseía. Suponía que Larry se conformaría con aquella cantidad.

El ascensor se detuvo, y ella, temblorosa, salió al rellano.

Buscó la letra indicada. Estaba allí mismo. Con dedo tembloroso, pulsó el timbre. Casi inmediatamente, la puerta se abrió.

El hombre que se hallaba en el umbral no parecía Larry. Pero lo era. Tenía los ojos castaños y el pelo rubio. Muy rubio, y la tez morena. Solo que años antes, aquella tez no tenía arrugas, y a la sazón estaba tan llena de ellas, que parecía la de un viejo.

—Mer —exclamó, regocijado—. Pero si eres tú. ¿Quién iba a decirlo, tan temprano? Pasa, pasa.

Ella sintió asco.

Se preguntó cómo pudo amar a aquel hombre en alguna ocasión de su vida, y se dijo, abrumada, que a los diecisiete años, una muchacha es una estúpida.

—No paso —cortó—. He venido a buscar algo que es mío.

—¿Sí? ¿Estás segura, monina?

—Larry —gritó, excitada—. No he venido, aquí a escuchar tus sandeces. He venido a traerte dinero, porque supongo que será eso lo que quieres, a cambio de mis cartas.

—Eres muy inteligente. Pero te aseguro que una transacción comercial, no la llevo yo a cabo en un rellano. O pasas o te quedas sin las cartas.

—Eres un canalla.

—Ya ves —rió él a lo bruto—. En eso estamos de acuerdo.

Y abriendo la puerta de par en par, le señaló la entrada.

—Tú eres un chantajista —dijo Merle, entrando.

Larry se echó a reír.

Vestía mal. El apartamento olía a cerrado. A tabaco malo y suciedad.

—Vengo a buscar mis cartas.

—Eso de que son tuyas —dijo Larry, sarcástico—, habría que discutirlo. Pero no pienso hacerlo. Las tengo aquí —y sacó del bolsillo un paquete envuelto en papel de periódico, atado con una cinta azul—. Son tuyas a cambio de tres mil dólares —dijo con rudeza.

Merle se estremeció. Apretó más el bolso.

—No... no tengo tanto dinero —gimió—. No lo tendré nunca.

—¿Cuánto tienes?

—Mil quinientos.

—De acuerdo. Toma, dame y lárgate. Este asunto está concluido.

Merle volvió a ser la inocente bobalicona que escribió las cartas. Recogió el paquete, lo perdió en el bolso, extrajo de este los mil quinientos dólares y se los entregó al astuto Larry.

Inmediatamente de tener el dinero en su poder, Larry abrió la puerta.

—Lárgate —gritó—. Y que te vaya bien con el estirado Caine.

Merle echó a correr como si alguien la persiguiera. No se detuvo hasta llegar al auto. Una vez en él, lo puso en marcha. Ni siquiera abrió el paquete. No podía hacerlo en aquel instante.

XVIII

Mimi seguía regando las plantas cuando ella llegó.
—¿Se ha ido Rex? —preguntó, anhelante.

—No ha bajado aún. Has venido pronto. ¿No has ido a misa?

—Sí, sí —susurró.

Mimi pensó que estaba muy excitada aquella mañana. Claro que no era para menos. Según pudo colegir de una conversación pillada al vuelo la noche anterior, se casaba a principios de la semana próxima.

—Iré a mi cuarto. Cuando baje Rex, me llamas, Mimi.

—Ve tranquila.

Tenía que ocultar las cartas. Lo hizo, poniéndolas en un maletín en el armario. Más tarde, cuando tuviera tiempo, las miraría. Eran veinte en total. Estaba bien segura. Al menos veinte fueron las que ella escribió durante la estancia de Larry en Nueva York, hacía de ello... ¿Cuántos años?

¡Qué importaba ya!

Acababa de ocultar el maletín con las cartas, en el fondo del armario, cuando sonó el teléfono.

Asió el auricular.

—Diga.

—Soy yo, muchachita. Baja. Te espero para desayunar.

—Sí, ahora mismo.

—Tienes una vocecilla ahogada.

—Es que...

—¿Qué?

—No sé...

Un silencio. La voz de Rex tenía una vibración ardiente.

—¿Soñaste conmigo?

—Despierta y dormida.

—Eso no me lo dices a mí, aquí, a mi lado. Baja —dijo él de nuevo—. Baja...

Merle colgó.

Miróse al espejo un segundo.

Echó a andar. De repente, tenía como fuego en los pies. ¿Si pensó en Larry? Ya no. Era algo que quedaba relegado a un segundo término. Estaba olvidado. Las cartas las tenía ella y las destruiría un día cualquiera.

Rex no la esperaba en el salón comedor, sino en medio de la escalera.

Vestía un pantalón gris de tergal y una chaqueta *sport* muy abierta por los lados. Una camisa blanca con corbata y zapatos de gruesa suela.

Parecía más poderoso. Lo era mucho. Ella lo sabía bien.

Se detuvo como si careciera de valor para seguir descendiendo hacia él.

—¿No bajas?

—Sí.

Pero no dio un paso.

Rex sonrió de nuevo, avanzó alargó la mano y asió los suaves dedos. Se los apretó con ansiedad.

—Ven...

Dócilmente, como una chiquilla inexperta, se dejó guiar.

No la llevó al salón comedor.

—¿Adónde vamos?

—Ven.

La empujaba hacia una salita de la planta baja.

—Rex...

Él la miró cegador.

—¿No quieres?

Quería.

Era como una necesidad, pero le daba vergüenza reconocerlo así.

Rex la empujó blandamente, sin soltar sus dedos. Después cerró la puerta y quedóse pegado a la misma.

—¿Qué haces? —preguntó la vocecilla tenue.

—Me gustaría tenerte así —la atraía hacia su cuerpo—. Así... Es una necesidad que lastima, que domina, que... atormenta.

Buscaba sus ojos con los suyos. Merle los cerró. De aquel modo en ella peculiar, como si la vergüenza y la timidez la embargaran.

—¿No quieres verme?

Ya la besaba. Como si no esperara respuesta.

Lentamente, en la boca. Lo hacía con infinita ternura, como si tuviera miedo de perderla.

—Rex...

—Calla —decía él, de modo raro—. Calla. Besar tu boca es la máxima aspiración de mi vida, como un goce indescriptible. ¿No lo sabías?

Empezaba a saberlo.

Quiso huir de sus brazos, pero no pudo.

Rex la doblaba contra sí, y a la vez, sus manos, al sostenerla por los hombros, tenían como una fuerza intensa y tenue al mismo tiempo.

—Rex...

—¿No quieres que te bese?

Quería.

Pero le daba mucha vergüenza.

Él debió de notarlo, porque riendo, dijo buscando sus ojos:

—¿Qué te pasa? Di... ¿Me tienes miedo, vergüenza? ¿Qué?

Y como ella solo parpadeara sin saber qué decir, Rex añadió quedamente:

—Nos vamos a casar. En seguida, ¿sabes? No podría soportar esta situación durante mucho tiempo, sin cometer una locura. Y cuando haga locuras, quiero hacerlas a tu lado y casado. Cuando seas mi mujer. ¡Mi mujer!

Quedaba como extasiada, mirándolo.

¡Era tan distinto! ¡Sabía tantas cosas! Ella era una ignorante en cuestión de hombres, y admiraba a Rex como nunca creyó que pudiera admirar a hombre alguno.

—Tienes que ir al trabajo.

—Después.

—Rex...

Le temblaba la voz.

¿Y si le dijera en aquel instante, apretada contra él, lo de las cartas? ¿No sería más leal?

Lo sería, pero... ¿Creería Rex en su inocencia?

Evocó aquella vez: «¿Por qué te casas con él? ¿Por qué, si sabes que va a morir?».

Si le hablara de su inocente pasado, ¿creería en él?

—Estás temblando —susurró Rex, apartándola un poco.

Ella se aferró a él. En aquel instante no quería estar sola, ni pensar en Larry, ni en las cartas, ni en la existencia de Tom.

—¿Qué te ocurre?

—Nada, nada.

Y con esa suavidad femenina de la mujer que pretende acaparar la atención del hombre hacia otro punto, se oprimió contra él y levantó los brazos, cruzando con ellos el cuello de Rex.

Él pareció deslumbrado.

—Merle... ¡Oh, Merle!

La besó largamente. Eran besos apretados, que no lastimaban, que llegaban al alma y lo purificaban todo.

—Rex...

—Déjame.

—Así... Tanto tiempo deseándolo.

Ella abatió los párpados de aquel modo. Rex la besaba y la veía. De repente, la apartó un poco.

—No me mires así —pidió, bajo.

—Tengo que mirarte.

Luego la soltó del todo.

—Rex...

—Vamos, vamos. Tengo que ir a la oficina. Tenemos que casarnos en seguida. ¡En seguida! — y se echó a reír burlón.

Ella se colgó de su brazo.

—Quiero casarme contigo, Rex. Sí quiero.

—Muchachita...

—No tardes.

—Volveré tan pronto pueda. Iremos juntos por ahí a gozar como dos críos.

Ella se echó a reír.

—Me gusta tu risa —susurró Rex.

Ella pensó que nunca conoció un hombre como él.

Se lo dijo.

Rex la miró embobado.

—A tu lado —dijo, roncamente—, uno pierde el sentido... Lo pierde, Merle.

Y caminó pisando fuerte, como si aquella intimidad detrás de una puerta, le asustara, a él, que nunca se asustó de nada, que sabía manejar a las mujeres, que conocía casi todas sus mañas y sus secretos...

—Rex...

—Vamos a desayunar.

Y había en su voz como una ahogada súplica.

XIX

—¿Cuándo? —Déjame sentarme —murmuró Merle, con vocecilla suave.

Irma empezó a reír.

Se dejó caer a su lado y apresó las manos de su amiga entre las suyas.

—¿Sabes, Merle? Nunca te vi tan sensible. Ahora todo te conmueve y todo te emociona. Hasta el hecho de que yo vaya a tener un hijo, te hace llorar.

Merle cerró los ojos.

Pensó en el paquete de cartas. Aún no lo había abierto. ¿Para qué? En la primera ocasión lo haría desaparecer.

¿Y si se lo dijera a Irma? No. Sería remover cenizas calcinadas.

Tenía que hablar de Rex, de su amor, de la boda que iba a celebrarse al día siguiente.

—Es que estoy enamorada —dijo—. Nunca lo estuve hasta ahora.

—Él debe ser... tremendo.

—Es muy apasionado. A veces —se ruborizó— me aturde, me asusta, me... subyuga.

—¿Lo ves? Esa eres tú y ese es tu amor.

Merle suspiró. Cerró los ojos. ¡Parecía tan frágil cosa, allí, hundida en el sillón del fondo del *living* de su amiga!

Irma, emocionadísima la miraba muy de cerca.

—¿Sabes? —susurró—. Me entra una cosa cuando te veo así... Nada sentía tanto, como que tú pasaras por la vida sin conocer el amor. Ese amor, Merle. No es igual querer que amar. Hasta ahora has querido. Lo que sientes por Rex es amor.

Merle, sensitiva y suave, solo abrió un poco los ojos para preguntar:

—¿Qué hora es? Tengo que recoger a Rex en la fundición a las seis en punto.

Y de súbito, pensó de nuevo en el paquete de cartas que le costó mil quinientos dólares.

—¿En qué piensas? —preguntó Irma, muy cerca de ella.

Abrió los ojos.

Se incorporó.

—No sé. De repente, tengo la mente como embotada y vacía.

Consultó de nuevo el reloj.

—Merle...

—Sí.

—¿Te besa Rex?

—¡Oh! —se agitó—. Tienes cada pregunta...

—Di.

—Sí.

—¿Mucho?

Merle miró en torno, como buscando algo que la impidiera responder. Pero Irma era terca y quería saber.

—Tengo que irme —dijo como aturdida—. No puedo esperar más.

Estaba preciosa. Peinaba el negro cabello con un moño, lo que la hacía parecer mayor, con una madurez deliciosa. Vestía un traje azul muy claro, de fina lana.

Irma la miraba embobada.

—Siempre fuiste cuidadosa en el vestir —dijo—, pero ahora..., no sé qué tienes, si es el mirar de tus ojos, o la sonrisa de tus labios, o la ropa que llevas. Estás guapísima.

—Gracias, Irma —rio, divertida—, pero ahora no puedo detenerme más. Me espera Rex. Quedó en llevarme a su pabellón.

Irma hizo un mohín.

—Hum... El famoso pabellón del no menos famoso ingeniero. Oye, ¿qué pasa cuando te besa?

—¡Irma!

—¿No te sientes muy conmovida?

—¡Oh, Irma, cómo eres!

—¿Te sientes o no te sientes?

Lo dijo con fuerza. Con un apasionamiento ahogado, como si la vergüenza contuviera sus palabras:

—Como si la vida se me fuera con sus besos, y al darme más la recuperara. Y me sintiera morir y vivir de nuevo... y así constantemente.

—La pasiva —rio Irma, burlona.

Merle se dirigió a la puerta, roja como la grana.

* * *

—Pasa.

La empujaba blandamente.

Merle pasó y miró en torno.

—Es... pequeño —dijo, bajo.

Él rio. La tenía sujeta por la espalda, y sin decir palabra, la besaba en la nuca.

—Para..., para...

No paraba.

Le dio la vuelta en sus brazos.

—Déjame mirar todo esto... Es como tu santuario.

—Después.

—¿Después?

—Sí. Luego... Cuando te haya besado.

—Rex...

—¿No te gusta estar así conmigo? ¿Recuerdas que nos casamos mañana?

Lo tenía bien presente.

—Me gusta verte aquí, en mi pabellón.

—Rex...

—¿Qué?

—No sé... Me gusta esto.

Se separó de él y dio algunas vueltas por el pabellón. Pero Rex iba detrás. La miraba embobado.

—Cuando nos casemos —dijo ella, de pronto—, me gustará venir aquí.

—Vendrás.

Trataba de atraerla hacia sí, pero ella decía quedamente, con vocecilla tenue:

—Anda, vámonos... Vámonos.

—Sí.

Pero no se movía. Estaba tras ella y sus dedos jugaban con el cabello femenino.

—Rex...

—Sí, sí, nos vamos ya.

Él no podía irse sin besarla y al volverse en sus brazos, buscó los labios femeninos con los suyos. Ella, delicadamente, se oprimió contra él.

—Merle..., chiquilla. Eres... eres...

—No puedo ser de otro modo a tu lado. No puedo.

Y era cierto.

—¿Cómo eres?

—Así.

—¿Cómo?

—Te estás burlando de mí —susurró con un hilo de voz.

Él no podía burlarse de ella. La quería y la adoraba más en aquel instante. Pero no quiso turbarla, ni siquiera transmitirle su turbación.

XX

Allí quedaban Irma y Robert y Jim Caine.

Rex se despedía de ellos. Ella estaba en su cuarto, cerrando la última maleta con ayuda de Mimi.

—Si no puedes, Merle... —rio el ama de llaves.

No, no podía. Estaba nerviosa, desequilibrada más bien. La culpa la tenían aquellas emociones vividas a borbotones.

Estaba casada.

Eran las siete de la tarde. Solo hacía media hora que era la esposa de Rex. ¡Rex! ¡Dios de los cielos! Rex era como un compendio de toda su vida, como si la fuera recopilando y en ella estuviera cifrado todo.

—Deja, deja —rio emocionada la anciana—. Yo lo haré. Termina de vestirte.

—Si ya estoy, Mimi.

—Te falta pintar los labios. Ya está lista —dijo Mimi—. ¿Doy orden de que bajen el equipaje?

—Sí. Dile a Rex que bajo en seguida.

—El auto ya está dispuesto.

—Lo sé. Baja tú. Dile a un criado que suba a buscar el equipaje.

Mimi se dirigió a la puerta, sin dejar de mirarla.

—Estás guapísima —ponderó, emocionada—. No sé qué tienes hoy en los ojos.

—Es... la dicha, Mimi.

La anciana cerró sin dejar de sonreír.

Al quedarse sola, Merle miró en torno.

De repente, recordó las cartas.

Sí, sí. Tenía que quemarlas antes de marchar. Acabar con todo el pasado. Convertirlo en cenizas.

Abrió el armario.

Cuando las tuvo en su mano, estuvo a punto de tirarlas a la chimenea, sin abrir el paquete. Pero, no.

Rompió el cordón. Un loco temblor la agitó.

Allí no había carta alguna.

Revolvió entre aquellos papeles de periódicos envueltos en sobres. Nada. Solo debajo de ellos una nota. Una odiosa nota.

La acercó a los ojos desorbitados, como si no diera crédito a lo que veía.

«Sigues siendo tan ingenua... Me voy a las Bermudas, ¿sabes? Una vez gastado el dinero, volveré. No soy tan cándido como para matar de una sola vez y para siempre mi gallinita de los huevos de oro».

No tenía firma, pero no hacía falta.

¿Y sus cartas? ¿Dónde estaban sus cartas? ¿Sus ingenuas e irreflexivas cartas?

No pudo más.

Se dejó caer en un sofá como si todo se derrumbara en torno a ella.

¿Sus cartas! ¿Dónde estaban? ¿Seguían en poder de Larry?

—Merle —llamó una voz desde el pasillo—, Merle, cariño. ¿No estás aún?

Se puso en pie, y como impelida por un resorte, hizo un ovillo con todos aquellos papeles y la nota, y los tiró en la chimenea.

Después se dirigió a la puerta, con el maletín en la mano.

Abrió.

Rex estaba allí, poderoso, ardiente. Con aquellos sus pardos ojos fijos, inmóviles en ella.

—Estás guapísima.

—Ya..., ya... —quisiera llorar donde nadie la viera, pero eso no era posible—. Ya... estoy.

Un criado aguardaba tras Rex.

—Viene a buscar el equipaje —dijo Rex, al tiempo de pasar un brazo por los hombros de su esposa y llevarla consigo vestíbulo superior abajo—. Nos vamos ahora mismo.

No contestó. Solo supo apretarse contra su costado y pasar un brazo por la espalda masculina, como si en ella buscara refugio.

* * *

Ella quería recordar las cartas, lo que decía en ellas, palabra por palabra, pero no podía. Se esfumaba de su mente.

Rex estaba allí, ayudándola. No. Ayudándola, no. Quitándole el vestido. Decía cosas, la besaba en la nuca, y sus manos, al perderse en su cuerpo, tenían no sé qué.

—Estás temblando, Merle, chiquilla.

Temblaba por dos cosas. Porque Rex estaba allí, perdido en ella en aquel rincón, y la apretaba en sus brazos, y temblaba por el futuro junto a él, por lo que Larry hiciera de aquel futuro.

Si ella se atreviera...

Era fácil. ¿O no lo era? No, no lo era. Las cartas hablaban por sí solas. Lo noble sería decírselo todo, pero conocía a Rex. Era la rectitud personificada. Recordó cuando se casó con su hermano, y preguntaba: «¿Por qué, por qué siendo joven y bella...? ¿Por qué, si él está enfermo?».

—Merle... ¿Me oyes?

—Oh, sí, sí...

Y quería escucharle. Sentirlo en sí y vivir con él y olvidarse de todo. De todo. Tenía que hacerlo.

Le rodeó el cuello con sus brazos y buscó ella misma su boca. Era como un deleite olvidarse de aquella pesadilla.

Rex se volvió loco. Era como volverse loco, sí, y perder el sentido con aquella chiquilla apasionada que temblaba y besaba a la vez.

Se hallaban en un lugar..., ¿dónde? ¿Qué más daba?

Un hotel encontrado en el camino en una noche helada.

Allí hacía calor. O ellos lo sentían. Rex pensaba que era la primera vez en su vida de hombre, que le ocurría cosa igual con una mujer.

Perder el control y no saber qué decir.

No decía nada.

Solo la besaba, y sus manos al buscarla, temblaban como las de un niño. Él, que no quería asustarla, ni ofenderla, y no podía evitar aquello...

La deseaba tanto como la amaba y estaba solo con ella y Merle era su mujer... ¡Su mujer! Era... como un regalo indescriptible.

Era tan frágil. Y tan apasionada.

—Rex...

—Sí.

—No sé qué me pasa.

A él también le pasaba.

Y era la dicha inefable de saber que era su mujer y que ella se lo estaba demostrando.

Muchas horas después, Rex hablaba. Ya serenamente, manteniéndola muy junto a sí.

Merle se abrazaba a su cuello. Tenía una mano perdida en el rostro de Rex. Aquella mano subía y bajaba y se encaramaba demarcando cada facción de su rostro.

—Rex...

—Sí, dime.

—Soy feliz, ¿sabes? Muy feliz...

—Fui el primer hombre en tu vida —dijo él quedamente—. Porque Tom fue una sombra fugaz, pasando por ella.

Era la primera vez que nombraba a Tom. Lo hacía con naturalidad. Era un ser muerto y ellos estaban vivos.

—Porque fui el primero, ¿verdad, Merle?

—Sí, sí —susurró ella temblorosa—. Sí.

Y estuvo a punto de contarle lo de Larry.

Hubiera sido el momento.

Al no hacerlo en aquel instante, después..., ya sería como una falsedad.

—Pero no tiembles para decírmelo, bobita.

Él reía.

Con aquella risa íntima que era como miles de besos y caricias juntas.

—Merle...

Ella lo buscaba con los ojos.

No quería recordar a Larry ni las cartas. Solo a Rex. Estaba con él, era su marido. Quizá Larry muriera en las Bermudas, y con él, el vil recuerdo de aquellas cartas. Solo quería pensar en Rex, en sus besos, en sus caricias, en su bendita compañía.

—Merle..., estás tan calladita.

—Bésame —pidió ella ahogadamente—. Bésame mucho, Rex... Mucho...

Rex Caine empezó a besarla, con aquella ternura suya, aquella hombría, aquella intensidad que la enloquecía. Y ella olvidó a Larry y las cartas que este poseía.

* * *

Pero Larry no la olvidó a ella y necesitaba su dinero... Larry no era un hombre que se detuviera en pequeños obstáculos. Larry era hombre obstinado y no tenía escrúpulos.

* * *

Espero, queridas lectoras, que me sigáis a través de la segunda parte de esta novela, que titularé, *No me culpes a mí*. Entonces comprenderéis la tragedia que un inocente silencio puede ocasionar...

F I N



MARÍA DEL SOCORRO TELLADO LÓPEZ (El Franco, Asturias, 1927 - Gijón, 2009). Mas conocida como Corín Tellado, fue una escritora española de más de 4000 novelas románticas entre 1946 y 2009.

Corín Tellado es La autora más famosa de la literatura popular española. Publicó unos 4000 títulos vendiendo más de 400 000 000 ejemplares de sus novelas, algunas de las cuales fueron traducidas a 27 idiomas y llevadas al cine, radio y televisión. Figura en el Libro Guinness de Récords 1994 (edición española) como la autora más vendida en lengua castellana. Escribió casi exclusivamente novela rosa, pero también fotonovelas. En un principio trabajó en exclusiva para la Editorial Bruguera. Sus obras tuvieron un éxito especial en Latinoamérica, donde impulsaron la creación de la telenovela y el serial televisivo.

Al contrario que otras novelas europeas del género rosa, las novelas de Corín Tellado transcurren en la actualidad y no en escenarios exóticos o en otras épocas. De ahí su gran poder para identificarse con sus contemporáneas. Las últimas, sin embargo, utilizan personajes de alta posición social. La clave de todo es la temperatura sentimental: sus personajes suelen ser, aunque no siempre, gente que tiene el dinero en bruto, pero que valora con una ingenuidad nada neoliberal los sentimientos. La propia autora afirma que su estilo se perfiló gracias a la censura de la España franquista, que expurgó sus novelas de forma inmisericorde; además, todas terminaban inevitablemente en boda: «Algunas novelas venían con tantos subrayados que apenas quedaba letra en negro. Me enseñaron a insinuar, a sugerir más que a mostrar». Hubo ocasiones en que la censura le llegó a rechazar cuatro novelas en un mes.

El fuerte de Corín Tellado, aparte de su gran facilidad para desarrollar argumentos interesantes, es el análisis de los sentimientos. La descripción en sus novelas es mínima y el estilo es directo. Al

momento de su deceso su literatura había evolucionado con los tiempos, sabiendo reflejar la realidad social contemporánea.

Corín Tellado

Sólo lo compadecí



de